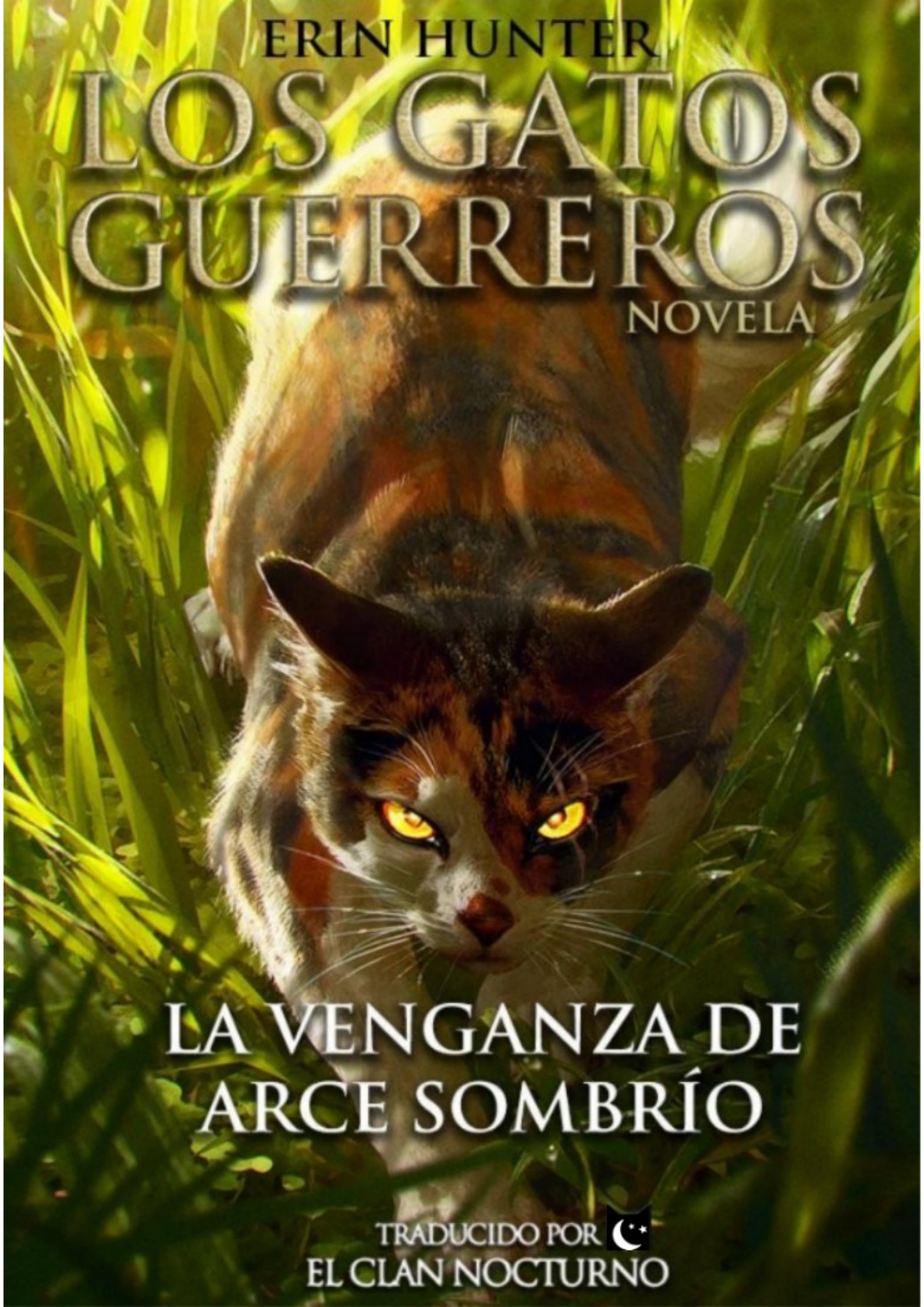
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

NOVELA



LA VENGANZA DE ARCE SOMBRÍO

TRADUCIDO POR EL CLAN NOCTURNO

DEDICATORIA

Para los miembros del FacebookClan, con gran afecto.
Gracias especiales a Victoria Holmes.

Libro original: "Warriors: Shadows of the Clans: Mapleshade's Vengeance" *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada: ***Ana Podedworna***.
Arte interno: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Woofzie***, ***Hawkstar*** *y* ***Gonzalo Firestar*** *del* ***Clan Nocturno;*** *y* ***Bianca Salvado***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

Publicado: 26/8/20
Última Actualización: 29/1/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche Más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*

CONTENIDO

DEDICATORIA…….. 2
FILIACIONES……. 6
CAPÍTULO 1……... 9
CAPÍTULO 2……... 16
CAPÍTULO 3……... 22
CAPÍTULO 4……... 32
CAPÍTULO 5……... 45
CAPÍTULO 6……... 52
CAPÍTULO 7……... 56
CAPÍTULO 8……... 61
CAPÍTULO 9……... 66

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER — **ESTRELLA DE ROBLE —** robusto gato marrón de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE — **COLA DE ABEJA —** gato atigrado marrón oscuro.

CURANDERO — **ALA DE CUERVO —** gato negro y pequeño de ojos azules.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

ARCE SOMBRÍO — gata de pelaje espeso carey con blanco

CIERVA MOTEADA — gata atigrada plateada y negra.

APRENDIZ, ZARPA DE ORTIGA (gato rojizo).

PELAJE DE PECAS — gata dorada y moteada con ojos color ámbar oscuro.

CORAZÓN FLORECIENTE — gato gris atigrado.

MANTO DE SEMILLA — gato marrón claro con blanco.

GARRA DE TORDO — gato atigrado color café claro.

VETERANOS
(guerreros y reinas ya retirados)

PELAJE DE CONEJO — gato gris atigrado.

CLAN DEL RÍO

LÍDER **ESTRELLA OSCURA —** gata negra.

LUGAR-TENIENTE **COLA PUNTIAGUDA —** gato gris oscuro.

GUERREROS

CAÍDA DE LLUVIA — gato negro y delgado.
MANZANO DEL ANOCHECER — gato marrón pálido de ojos color verde.
APRENDIZ, ZARPA DE PERCA (gato gris de pelaje espeso).
JUNCO BRILLANTE — gata naranja oscuro.
PELAJE DE LECHE — gata blanca.
PATAS MANCHADAS — gato gris pálido.

CLAN DE LA SOMBRA

CURANDERO **PELAJE DE ENDRINO —** gato negro.

CLAN DEL VIENTO

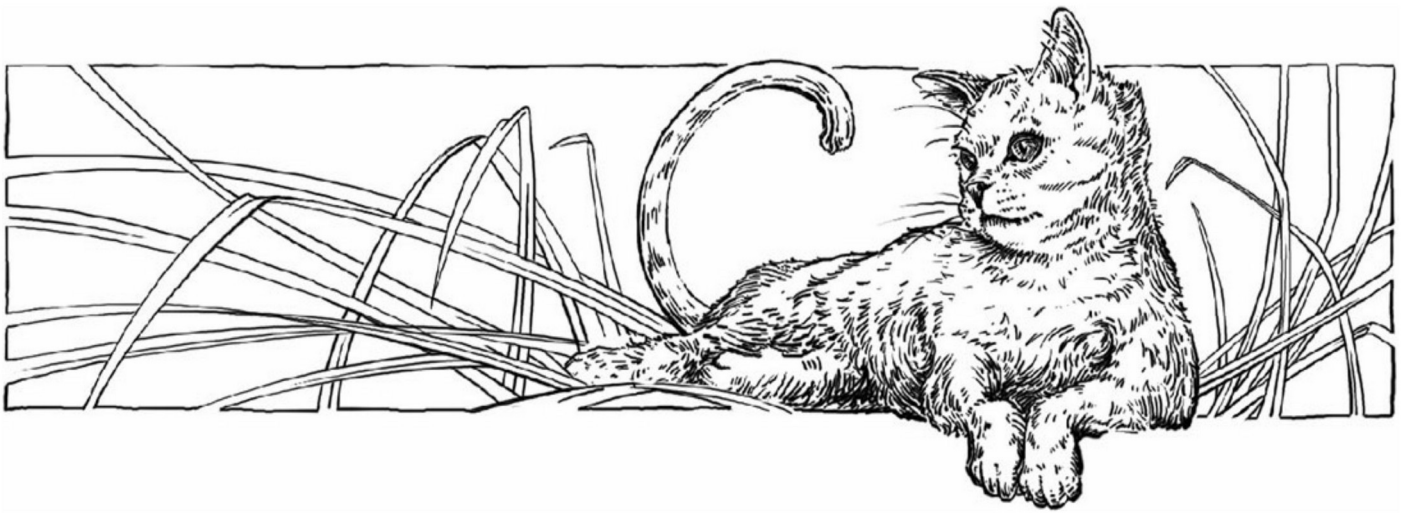
CURANDERO **ALA DE ALONDRA —** gato gris atigrado.

GUERREROS

VUELO VELOZ — gato gris claro atigrado.
MANTO DE MOSQUITO — gato manchado de color marrón.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

MYLER — gato blanco y negro.



Capítulo 1

—¡Sigue avanzando, Arce Sombrío! ¡Acabas de pisar mi cola! —El guerrero del Clan del Viento se apartó con un bufido.

—Lo siento, Vuelo Veloz —se disculpó Arce Sombrío sobre su hombro mientras se sumergía en lo más profundo de la multitud de gatos.

La luz de la luna llena convertía todos los pelajes plateados, los pelos de los gatos hacían cosquillear la nariz de Arce Sombrío. Por encima de ella la voz de Estrella de Roble resonó alrededor de los troncos de los cuatro robles gigantes.

—Mis guerreros rastrearon a las víboras hasta su nido en las Rocas de las Serpientes y bloquearon el hoyo con piedras —reportó el líder del Clan del Trueno—. Gracias a su coraje, desde entonces no se han visto víboras en nuestro territorio.

—Tuvieron suerte de no ser mordidos —gruñó un veterano del Clan de la Sombra cerca de la oreja de Arce Sombrío.

—Correcto —acordó su compañero de Clan—. ¿Recuerdas cuando Zarpa de Pantano pisó una víbora en su primera patrulla? Esa fue una terrible manera de morir.

El primer gato se encogió de hombros.

—He visto peores.

Arce Sombrío puso los ojos en blanco. «*Confía en los gatos del Clan de la Sombra para ser los más competitivos sobre las muertes que han visto*». Bordeó una roca y emergió entre un grupo de gatos del Clan del Río. Al instante sus pelajes se erizaron y sintió como varios ojos ardían sobre ella.

—Puede que exista una tregua —gruñó el guerrero negro Caída de Lluvia—. Pero no presiones tu suerte, cagarrutas de ratón del Clan del Trueno.

Arce Sombrío agachó la cabeza.

—No planeo hacer ningún daño —maulló ella—. No me voy a quedar.

—Bien —gruñó un gato que no pudo distinguir.

Arce Sombrío se obligó a alisar su pelaje mientras pasaba entre los hostiles guerreros. No podía culpar al Clan del Río por estar enojado. El Clan del Trueno había triunfado en la última batalla sobre las Rocas Soleadas; la derrota había sido la herida más amarga de todas.

—Recuerda lo que le pasó a Cara de Abedul y a Zarpa de Flor —Caída de Lluvia murmuró en su oído, tan cerca que Arce Sombrío podía sentir el calor en su aliento de pescado—. Esas rocas nos pertenecen, y mataremos a tantos de tus compañeros de Clan como sea necesario hasta que se den por vencidos.

Arce Sombrío tropezó con un recuerdo grabado en su cerebro: Manzano del Anochecer, un guerrero marrón claro del Clan del Río con penetrantes ojos verdes, empujó a Cara de Abedul tan fuerte que el gato del Clan del Trueno perdió el equilibrio y resbaló desde la parte superior de las Rocas Soleadas. Aterrizó con un chapoteo en el turbulento río. Su aprendiza Zarpa de Flor saltó detrás de él y luchó para mantener la cabeza de Cara de Abedul fuera del agua, pero la corriente era demasiado fuerte y fueron arrastrados río abajo con las cabezas medio sumergidas. Por unos terribles momentos, una cabeza atigrada oscura y una gris moteada se alzaron sobre la superficie, chillando de miedo, entonces ambos se desvanecieron entre la espuma que caía. Sus cuerpos fueron encontrados más allá de las piedras, varados en la orilla del Clan del Trueno como si estuvieran haciendo un último esfuerzo desesperado por volver a casa.

Arce Sombrío se tragó una explosión de ira contra los guerreros a su alrededor. ¿Por qué el Clan del Río insistía en pelear por un montón de rocas que estaban claramente en el territorio del Clan del Trueno? La gata bajó su cabeza y se abrió paso a través de la maraña de gatos hostiles. Llegó al borde del hueco donde las sombras eran más densas, lo suficientemente oscuro como para esconderse entre ellas. De repente una figura marrón pálido se alzaba frente a ella, y las fosas nasales de Arce Sombrío se dilataron por el olor a pescado. Levantó la vista, y su corazón latió fuertemente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó Manzano del Anochecer. Sus largas garras delanteras captaron la luz de la luna cuando las hundió en la hierba.

Las palabras de Arce Sombrío parecían estar atrapadas en su garganta. Miró fijamente los ojos de color acebo del guerrero del Clan del Río y trató de respirar normalmente. Se preguntó si alguno de sus compañeros de Clan estaba al acecho.

Manzano del Anochecer dio un paso más cerca y bajó la cabeza hasta que su hocico rozó la punta de la oreja de Arce Sombrío.

—Debes saber lo peligroso que es que estés aquí. ¿Qué pasaría si tus compañeros de Clan te vieran hablando conmigo?

Arce Sombrío se inclinó hacia adelante hasta que su mejilla presionó el pelaje del pecho de Manzano del Anochecer, el cual era tan suave como una pluma.

—Tengo que hablar contigo —murmuró—. Ha pasado demasiado tiempo. Te esperé en el sicomoro todas las noches, pero nunca viniste.

El aliento del gato calentó la parte de atrás de su cuello.

—Lo sé —ronroneó el gato—. Pero desde la batalla, hemos duplicado nuestras patrullas fronterizas, incluso después del anochecer. No puedo cruzar el río sin ser visto.

Dio un paso atrás y Arce Sombrío sintió una ráfaga de aire frío en su pelaje.

—Trataré de cruzar en luna nueva. Las cosas podrían calmarse para entonces.

—Si tan solo no hubieras matado a Cara de Abedul —susurró Arce Sombrío—. ¡De todos los gatos que pudimos haber perdido en la batalla, tenía que ser el hijo de Estrella de Roble!

Sintió como Manzano del Anochecer se ponía rígido debajo de su pelaje.

—Fue un accidente —gruñó—. Nunca quise que se cayera en el río.

Arce Sombrío cerró los ojos.

—Así no es como lo ven mis compañeros de Clan. Ellos te culpan por nuestras pérdidas.

—Entonces son tontos. —Manzano del Anochecer se estremeció, luego se relajó—. Pero las Rocas Soleadas siempre han hecho que nuestros Clanes sean un poco tontos. —Lamió la parte superior de la cabeza de Arce Sombrío—. Gracias al Clan Estelar no resultaste herida en la batalla.

Arce Sombrío lo miró. «*Oh mi precioso guerrero. Te amo con todo mi corazón*».

—Hay algo que necesitas saber —maulló.

Manzano del Anochecer estaba mirando por encima de la cabeza de Arce Sombrío, hacia el charco de luz de luna donde estaban sus compañeros de Clan.

—¿No puedes esperar?

—No lo creo. —Arce Sombrío respiró profundamente—. Estoy esperando cachorros tuyos.

Hubo un destello verde cuando Manzano del Anochecer abrió los ojos de par en par.

—¿Estás segura?

Arce Sombrío asintió. El guerrero del Clan del Río curvó su cola sobre su espalda.

—Voy a ser padre —ronroneó—. Increíble. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero estos cachorros serán mestizos. Mitad Clan del Río. ¿Cómo se sentirán tus compañeros de Clan al respecto?

—No lo sabrán —Arce Sombrío contestó. Notó que Manzano del Anochecer se estremecía—. Al menos, no al principio —continuó—. Yo los criaré como miembros del Clan del Trueno hasta que sean plenamente aceptados. Luego cada gato podrá hacer frente a la verdad. ¿Por qué debería importar que su padre viva en un Clan diferente?

El pelaje de los hombros de Manzano del Anochecer se erizó.

—Tienes una gran fe en tus compañeros de Clan —murmuró.

—No, tengo fe en Clan Estelar, y en el código guerrero.

—¿Crees que el Clan Estelar aprueba lo que estamos haciendo? —Manzano del Anochecer entrecerró los ojos.

—Creo que nuestros ancestros guerreros saben que nuestros Clanes necesitan cachorros y estamos proporcionándolos. ¿Cómo pueden nuestros inocentes cachorros no tener su bendición? Ellos van a crecer para ser buenos guerreros, leales al Clan del Trueno y Clan del Río por igual.

Arce Sombrío se volvió antes que Manzano del Anochecer pudiera decir cualquier cosa.

—Tengo que regresar con mi Clan antes de que vengan a buscarme. Quizás sea mejor si no nos volvemos a ver hasta que los cachorros nazcan. —Miró hacia atrás sobre su hombro—. Pero estaré pensando en ti todos los días, mi amor.

Mientras caminaba hacia las sombras que rodeaban la hondonada, Arce Sombrío escuchó pasos rápidos.

—¡Manzano del Anochecer! ¡Ahí estabas! ¡Te estuve buscando!

Arce Sombrío se detuvo, esperando que sus manchas blancas no brillaran en la luz de la luna. Una gata de color naranja oscuro estaba presionándose contra el hombro de Manzano del Anochecer.

—Un veterano del Clan de la Sombra está contando una historia sobre un gato que se tragó una rana viva —maulló—. Ven y escucha, es muy divertido.

Con una mirada preocupada hacia las sombras donde Arce Sombrío estaba agachada, Manzano del Anochecer siguió a la gata de regreso a un grupo de gatos reunidos. La guerrera naranja curvó su cola hasta que estuvo descansando sobre la espalda de Manzano del Anochecer.

Arce Sombrío frunció el labio. «*Mantente lejos de él, Junco Brillante. ¡Él es mío! ¡Estos cachorros se asegurarán de eso!*».

—¡Arce Sombrío, despierta! —Una pequeña cara de color jengibre se asomó a través de las ramas que refugiaban la guarida de los guerreros—. Cola de Abeja quiere que vayas a la patrulla del amanecer. ¡Llegas tarde!

—Está bien, Zarpa de Ortiga, ya voy. —Arce Sombrío se incorporó sobre sus patas.

Anoche había sentido a los cachorros moviéndose dentro de ella por primera vez. «*¿Es porque su padre sabe sobre ustedes ahora?*». Estiró la cabeza para lamer el pelaje desarreglado en su flanco, luego salió de la guarida. Se sentía extrañamente pesada, desequilibrada por su vientre hinchado. El aire en el claro estaba quieto y frío, sabía a hojas viejas y tierra húmeda. El aprendiz naranja rebotó alrededor de Arce Sombrío.

—¡Date prisa! ¿Cuándo te volviste tan lenta?

Arce Sombrío lo golpeó ligeramente con su cola.

—¿Qué haría Cierva Moteada si sabe que me hablaste así? ¿Eh?

Zarpa de Ortiga miró hacia el suelo ante la mención de su mentor.

—Probablemente me haría recoger las garrapatas de Pelaje de Conejo por una luna —admitió.

Arce Sombrío ronroneó, estaba demasiado alegre por sus cachorros como para estar de mal humor.

—Tienes suerte de que no te castigue. Ahora, vete y déjame hablar con Cola de Abeja.

El aprendiz salió corriendo con un chillido. Arce Sombrío se dirigió al lugarteniente del Clan del Trueno, que estaba de pie junto a la entrada de la

guarida de Estrella de Roble. El gato atigrado de color marrón oscuro asintió mientras Arce Sombrío se acercaba.

—Me gustaría que te unieras a la patrulla del alba, por favor —maulló él—. Pelaje de Pecas estará liderándola.

—De hecho, hay algo que necesito decirte —Arce Sombrío comenzó. Sus patas hormigueaban—. No podré llevar a cabo mis tareas habituales por un tiempo. Estoy esperando cachorros.

Cola de Abeja parpadeó.

—Oh. Bien. Yo… eh… no esperaba eso. Bueno, solo haz lo que te apetezca. ¿Estrella de Roble sabe?

—Aún no. ¿Por qué no ayudo en el campamento hoy? —sugirió Arce Sombrío. No pudo resistirse a mirar la curva de su vientre—. Podría ir a buscar algo de musgo empapado para el veterano, si quieres.

—Eso sería genial —maulló Cola de Abeja. Movió las patas—. Y, er, felicidades.

—Gracias —ronroneó Arce Sombrío—. Es una noticia maravillosa, ¿no?

—De hecho —maulló Cola de Abeja—. ¿Y estos cachorros… su padre…?

—Los criaré sola —Arce Sombrío respondió con firmeza.

El lugarteniente pareció sorprendido por un momento, luego bajó la cabeza.

—Que el Clan Estelar ilumine tu camino y el de tus cachorros.

Todavía retumbando de alegría, Arce Sombrío se volvió y regresó al claro. Dado que ella no era necesaria en la patrulla del alba, podía ir de regreso a su lecho hasta que el resto del Clan volviera. Ella sabía que tenía que reservar fuerzas para cuando llegaran los cachorros. Dormitaba bajo un parche de luz del sol cuando fue despertada por el ruido de patas retumbando fuera de la guarida. Pelaje de Pecas irrumpió, con el pelaje dorado moteado esponjado con los ojos brillosos.

—¡Cola de Abeja me dijo tus noticias! —ronroneó—. ¡Estoy tan feliz por ti!

Arce Sombrío se sentó y acurrucó su gruesa cola blanca sobre sus patas.

—Gracias.

«*¿Ves, Manzano del Anochecer? ¡Mis compañeros de Clan estarán encantados de tener nuevos cachorros en el campamento!*».

Pelaje de Pecas estaba al lado del lecho de Arce Sombrío mirándola, inusualmente tímida.

—Cola de Abeja también dijo que estarías criando a estos cachorros sola —maulló.

Arce Sombrío se tensó. Ella no había previsto las preguntas sobre el padre de sus cachorros tan pronto. Pelaje de Pecas miró hacia el piso de la guarida.

—¿Es… es porque su padre ha muerto?

Levantó la mirada y Arce Sombrío casi hizo una mueca al ver el resplandor esperanzado en sus ojos.

—¿Son estos los cachorros de Cara de Abedul? —Pelaje de Pecas susurró—. ¿Mi hermano va a vivir a través de ti?

El aire en la guarida de los guerreros era de repente tan espeso que Arce Sombrío no podía recuperar el aliento. «*¿Está el Clan Estelar ofreciéndome una forma para que mis cachorros sean aceptados por sus compañeros de Clan? No puedo mentir, no si quiero que sepan la verdad luego*». Miró a Pelaje de Pecas, incapaz de hablar.

La gata de color dorado no parecía necesitar una respuesta por parte de Arce Sombrío. Asintió lentamente, y la luz en sus ojos ardió aún más brillante.

—Estoy en lo cierto, ¿no es así? ¡Oh, gracias al Clan Estelar! Y gracias a ti, Arce Sombrío. No sabes cuánto significa esto para mí. Yo… yo pensé que nunca volvería a ser feliz después de que Cara de Abedul fuera asesinado en esa terrible batalla. Pero ahora puedo ayudarte a criar a sus cachorros, enseñarles que su padre era un verdadero héroe del Clan del Trueno, mirarlos ocupar su lugar en el Clan… —Entró suavemente en el lecho hasta estar agachada junto a Arce Sombrío. Estiró su pata delantera hasta que la descansó sobre el flanco carey y blanco de Arce Sombrío.

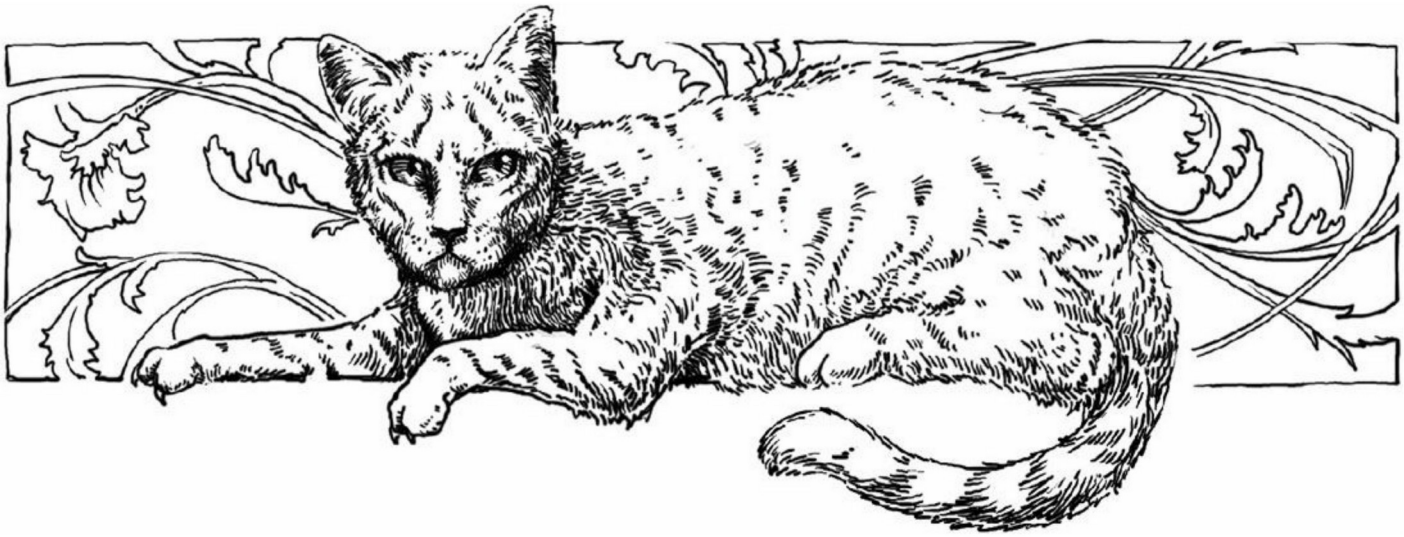
—Espero que Cara de Abedul pueda verlo también —murmuró.

Arce Sombrío respiró hondo. «*Yo no he mentido en voz alta. Todo esto lo ha hecho Pelaje de Pecas. Pero no puedo desaprovechar esta oportunidad de tener mis cachorros con el cariño que se merecen. Manzano del Anochecer entenderá que tengo que poner al Clan del Trueno primero, por ahora al menos*». Movió su cola hasta que estuvo descansando sobre el hombro de Pelaje de Pecas.

—Has respondido a mis oraciones, Pelaje de Pecas —maulló suavemente—. Mis cachorros y yo ya no estamos solos.

Pelaje de Pecas le devolvió la mirada con sus ojos ámbar oscuro brillosos.

—Nunca —juró—. Estos cachorros serán lo mejor que le pudo suceder a nuestro Clan.



CAPÍTULO 2

«*¡Oh, Clan Estelar, haz que se detenga!*». Arce Sombrío se retorció de agonía y hundió sus garras en el musgo seco.

—Relájate —Ala de Cuervo le ordenó, colocando una pata en su flanco erizado.

«*Intenta relajarte tú con todo lo que está sucediendo*», Arce Sombrío quería gritarle al curandero, pero apenas tenía suficiente aliento para resistir al espasmo que sacudía su cuerpo. Apretó la mandíbula y resistió el impulso de hundir los dientes en la pata negra de Ala de Cuervo.

—¡Es un macho! —jadeó Pelaje de Pecas—. ¡Oh, es magnífico!

Ala de Cuervo se volvió para mirar. Arce Sombrío estaba tendida en el lecho con los ojos cerrados, tratando de no pensar en el dolor que estaba por venir. Algo mojado y que se retorcía fue empujado frente a su hocico. La gata abrió la boca para protestar y olió el aroma más dulce que nunca había conocido. Levantó la cabeza y parpadeó hacia el cachorro de pelaje marrón oscuro que estaba a su lado. «*Oh Manzano del Anochecer, tienes un hijo. ¡Y es hermoso!*».

—Lámelo, Arce Sombrío —Ala de Cuervo maulló—. Le ayudará a respirar.

Por un momento Arce Sombrío quiso decirles a los otros gatos que salieran, que la dejasen sola con esta diminuta criatura preciosa. Nada era tan especial como el latido de su corazón, al conocer a su primer cachorro. Entonces su cuerpo se curvó bajo otra ola de dolor y gritó. Ala de Cuervo se apresuró a apartar al cachorro.

—Llévatelo, Pelaje de Pecas —ordenó.

—Con mucho gusto —maulló—. Ven aquí, pequeño. Te dejaré limpio y seco.

Arce Sombrío trató de decir que ella podía hacerse cargo de sus propios cachorros, pero el espasmo se hizo más fuerte y de repente había otro cachorro junto a ella; su boca estaba abierta en un maullido mudo, su pelaje moteado de color carey y blanco era como el de su madre.

—Otro macho —Ala de Cuervo anunció—. Lo estás haciendo genial, Arce Sombrío. —Pasó su pata por su cuerpo—. Uno más, y eso es todo. Venga, ahora mantente concentrada.

Un anhelo irresistible de estar sola con sus cachorros le dio fuerza a Arce Sombrío y el último cachorro se deslizó fuera de ella casi de inmediato.

—¡Una hembra! —Ala de Cuervo ronroneó—. Más pequeña que sus hermanos, pero en excelente estado. Es tu turno para tomar el mando, Arce Sombrío.

Acomodó a los tres cachorros en la curva del vientre de Arce Sombrío. La gata se incorporó y se retorció para mirarlos con asombro. «*¡Lo hice, Manzano del Anochecer! ¡Dos hijos y una hija!*».

—Son preciosos —susurró Pelaje de Pecas, su voz estaba ronca por la emoción.

Ala de Cuervo asintió.

—Hiciste un gran trabajo, Arce Sombrío. Te dejaremos sola para descansar, pero volveré con algunas hierbas para ti después de que el sol esté en su punto más alto. ¿Te sientes bien? —Hubo un destello de preocupación en sus ojos azul oscuro, Arce Sombrío sintió una oleada de simpatía hacia el joven curandero. Él había estado a cargo del Clan del Trueno en solitario por solo dos lunas desde la muerte de Avena Moteada, y este había sido uno de los primeros partos que había tenido que supervisar.

—No podría estar mejor —le dijo ella. Sentía la garganta seca y adolorida—. ¿Podría beber un poco de agua, por favor?

—Voy a buscarla —se ofreció Pelaje de Pecas, saltó del lecho y desapareció a través de las zarzas.

Ala de Cuervo la vio marcharse.

—Tú la has hecho sentir que la vida vale la pena de nuevo —comentó el gato—. La muerte de su hermano ha sido muy dura para ella.

Arce Sombrío enterró su hocico en el pelaje suave y húmedo de sus cachorros.

—Estos cachorros son mi regalo para todo el Clan del Trueno —murmuró—. Agradeceré al Clan Estelar por ellos todos los días por el resto de mi vida.

El curandero la tocó ligeramente con la punta de la cola.

—Y el Clan del Trueno te da las gracias —maulló.

«*Al igual que el Clan del Río* —Arce Sombrío añadió en silencio—. *¡La disputa sobre las Rocas Soleadas quedará olvidada cuando los Clanes se den cuenta de que comparten a estos perfectos guerreros!*».

—¿Estás recibiendo visitas? —rugió una voz a la entrada de la maternidad.

—¡Por supuesto, entra! —maulló Arce Sombrío sin aliento, mientras trataba de acomodar la cabeza de la gatita. A los tres amaneceres de edad, asombraron a Arce Sombrío con su habilidad para estar por toda la maternidad a la vez, mientras al mismo tiempo mamaban constantemente de su vientre.

La ancha cara marrón oscura de Estrella de Roble apareció a través de las ramas.

—Hola, pequeños —ronroneó.

La gatita saltó ante el sonido de su voz. Liberando sus diminutas garras en la oreja de Arce Sombrío, se deslizó sobre el musgo haciendo algo de ruido.

—Este es Estrella de Roble, el líder del Clan del Trueno —Arce Sombrío les dijo a sus cachorros. Trató de ponerlos en fila. Pero sus ojos aún estaban cerrados y el olor de un gato diferente era demasiado para que pudieran aguantarlo, por lo que los tres se tambalearon hacia Estrella de Roble con sus colas rechonchas hacia arriba y con sus bocas abiertas en tono agudo.

Estrella de Roble los condujo suavemente con su pata de regreso a Arce Sombrío.

—No soy solo su líder —le recordó—. Cara de Abedul era mi hijo. Estos gatos son mi sangre. —Sus ojos se nublaron de emoción mientras miraba a los cachorros—. Si tan solo Cara de Abedul pudiera verlos.

El pelaje de Arce Sombrío se sentía caliente y erizado.

—Estoy segura de que nos está mirando desde el Clan Estelar —murmuró. Al lado de ella, los cachorros comenzaron a rozar su vientre y se quedaron en silencio mientras comenzaban a mamar.

—Mi hijo fue un gran guerrero —Estrella de Roble prosiguió—. El Clan se siente honrado al ver que su espíritu sigue vivo a través de sus cachorros.

Hubo un crujido de las hojas de zarzas y Pelaje de Pecas apareció con un campañol en sus fauces. Lo dejó junto al lecho.

—Traje la primera presa del montón de carne fresca para ti —le dijo a Arce Sombrío con orgullo.

—Gracias —Arce Sombrío maulló con voz ronca. Se preguntó si sería de mala educación pedirle a Estrella de Roble que se fuera. Su presencia la ponía cada vez más nerviosa.

Pelaje de Pecas se volvió hacia Estrella de Roble.

—¿No son perfectos los cachorros? —ronroneó—. ¡Puedo ver a Cara de Abedul tan claramente en cada uno de ellos!

Arce Sombrío miró a los pequeños cuerpos en la curva de su vientre. Aparte del macho que era moteado como ella, eran exactamente del color del pelaje marrón suave de Manzano del Anochecer. Cara de Abedul había sido un gato atigrado de color marrón oscuro, casi negro. Su corazón latía con fuerza, esperaba que Estrella de Roble lo comentara, pero en cambio preguntó si ya había elegido los nombres para ellos.

Arce Sombrío usó su cola para indicar a cada cachorro sin molestarlos.

—Pensé en Pequeño Alerce para el gato marrón, Pequeño Manchado para su hermano y Pequeña Pétalo para su hermana. —Hizo una pausa cuando descansó la punta de su cola sobre la pequeña cachorra. Ella era la más esponjosa de todos y sus orejas eran tan pequeñas, que apenas se asomaban en el pelaje en su cabeza. Arce Sombrío sintió como si su corazón estuviera a punto de estallar de amor. «*¡Si tan solo pudieras verlos, Manzano del Anochecer!*».

—Excelentes nombres —Estrella de Roble maulló.

—¿No quisiste nombrar a uno en memoria de Cara de Abedul? —preguntó Pelaje de Pecas. Parecía decepcionada.

Arce Sombrío no levantó la mirada de sus cachorros.

—Quiero que cada uno siga su propio camino —explicó la reina en voz baja—. No quiero que sean el eco de un gato que ya se ha ido.

Para su alivio, Estrella de Roble ronroneó.

—El Clan del Trueno tiene suerte de tenerte como reina, Arce Sombrío. Espero con ansias ver crecer estos cachorros.

—No puedo esperar a ver las caras de los gatos del Clan del Río cuando se enteren de ellos en la próxima Asamblea —siseó Pelaje de Pecas.

El corazón de Arce Sombrío comenzó a latir más rápido.

—Ojalá pudiera estar allí también para verlo. ¡Asegúrate de decirles que he tenido tres cachorros perfectos y fuertes que van a ser grandes guerreros! —le dijo a Pelaje de Pecas—. Especialmente a Manzano del Anochecer. Díselo primero.

La gata de color dorado parpadeó.

—¿Por qué iba a hablar con ese sarnoso? —gruñó—. ¡Mató a Cara de Abedul!

—¡Exactamente! —Arce Sombrío maulló apresuradamente—. Él necesita saber que el Clan del Trueno es más fuerte que nunca, gracias a estos cachorros.

Pelaje de Pecas asintió.

—Por supuesto. —Desenvainó sus garras delanteras y las hundió en el musgo del suelo de la maternidad—. ¡Nuestros enemigos tienen incluso más razones para temernos ahora!

Estrella de Roble frunció el labio, mostrando un destello de sus dientes amarillentos.

—No le hará daño al Clan del Río saber que nos pudieron haber robado a dos honorables guerreros, pero gracias a Cara de Abedul, habrá tres guerreros más dispuestos a defender lo que es legítimamente nuestro.

Arce Sombrío sintió una oleada de alarma.

—El código guerrero dice que debemos mostrar piedad por los guerreros que hemos derrotado —señaló.

—¡Manzano del Anochecer no mostró piedad por Cara de Abedul y Zarpa de Flor! —siseó Pelaje de Pecas, azotando su cola.

«*¡Fue un accidente!* —Arce Sombrío quería chillar—. *¡Cara de Abedul cayó! ¡Zarpa de Flor nunca debió haberlo seguido al río!*». Pero se controló. No podía dejar que Pelaje de Pecas sospechara que tenía simpatía por Manzano del Anochecer. Aún no.

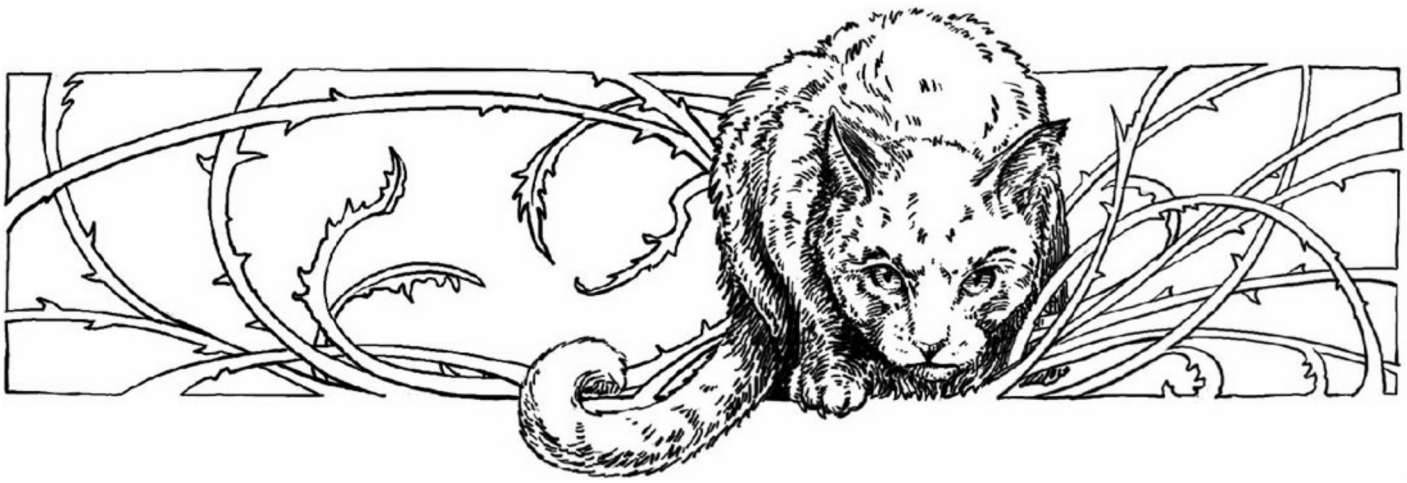
Estrella de Roble estaba empezando a retirarse de la maternidad.

—Ahora mismo, lo más importante es que los cachorros de Arce Sombrío estén sanos y salvos —maulló. Había una nota sombría en su voz que hizo que el pelaje de Arce Sombrío se erizara—. Los criaremos para que sean grandes guerreros como su padre —prometió el líder—, y vengarán su muerte cuando estén listos.

Se regresó y desapareció en el claro, dejando temblando la pared de zarzas. Pelaje de Pecas se inclinó sobre los cuerpos peludos y tocó ligeramente con su hocico a cada uno para que se retorcieran.

—Ellos son el regalo de mi hermano al Clan —murmuró—. ¡Y las criaturas más preciosas en todo el bosque!

Arce Sombrío luchó contra el impulso de mandar lejos a Pelaje de Pecas. «*¡Estos son mis cachorros, no los tuyos!*». Ella sabía que la amistad con la gata de color dorado duraría durante el largo camino que sus cachorros recorrerían para ser amados por todos en el Clan del Trueno. Para cuando los cachorros estuvieran listos para ser aprendices, la verdad sobre quién era realmente su padre sería incapaz de sacudir la lealtad de sus compañeros de Clan. Incluso Estrella de Roble entendería, una vez que valorara a los cachorros por lo que son, en lugar del legado que cargaban. «*¡Y una vez que el Clan del Río llegue a conocerlos, ellos sentirán lo mismo!*».



CAPÍTULO 3

—¡Observa esto, Pequeño Alerce! —Arrugando el hocico por la concentración, Pequeña Pétalo agarró el manojo de musgo seco entre sus dientes y lo sacudió violentamente.

Su hermano le arrebató el musgo y lo aventó a través del campamento. Ambos gatitos se lanzaron detrás de la bola, Pequeña Pétalo ganando por una nariz.

—¡Es mío! —declaró.

—¿No quieres unírteles? —le preguntó Arce Sombrío a Pequeño Manchado, quien estaba recostado en la curva de su vientre. Su pelaje armonizaba tan bien con el de ella, que era difícil decir en dónde acababa uno y comenzaba el otro—. Parece que se están divirtiendo.

Su hijo sacudió la cabeza.

—Estoy bien aquí —maulló. Se removió un poco más cerca de ella—. Me necesitas para mantenerte caliente ¿no es así? —Sus ojos verdes parpadearon ansiosamente hacia ella.

Arce Sombrío sofocó un ronroneo de risa. Apenas podía sentir el pequeño cuerpecillo del cachorro contra ella. Era un raro día sin ninguna nube en la estación de la caída de la hoja, en la cual siempre había lluvia: y los rayos del sol eran lo suficientemente fuertes para hacer que los gatos salieran de sus madrigueras a asolearse, aunque había una sensación fría en el suelo que alertaba que la estación sin hojas estaba a la vuelta de la esquina.

—Estás haciendo un excelente trabajo —le dijo al gatito—. Quizá tenga que compartirte con el veterano para impedir que tenga frío.

Los ojos verdes de Pequeño Manchado se abrieron de par en par de alarma.

—¡No! ¡Quiero quedarme contigo por siempre y para siempre! ¡Incluso cuando sea un aprendiz!

Arce Sombrío acarició la punta de la cabeza del cachorro.

—Eso no será hasta dentro de cuatro lunas, pequeño. Para entonces, ¡serás tan grande y fuerte, que estarás contento de dejar la maternidad e iniciar tu entrenamiento guerrero!

—No, no lo estaré —susurró Pequeño Manchado, enterrando su cara en el pelaje del pecho de su madre—. No quiero dejarte nunca.

Pequeña Pétalo y Pequeño Alerce estaban parados lado a lado, mirando hacia la bola de musgo.

—¡La hiciste pedazos! —protestó Pequeño Alerce—. Ya no rueda ahora. Mírala. —Le dio un golpe con la pata a la polvorienta pila marrón de pedazos de musgo.

Pequeña Pétalo se encogió de hombros.

—¡Estaba intentando escapar y la atrapé!

El veterano del Clan, un atigrado gris llamado Pelaje de Conejo, caminó rígidamente hacia donde se encontraban los cachorros.

—Parece que mató la bola de musgo —observó—. ¿Quieren jugar otro juego?

—¡Sí, por favor! —maulló Pequeño Alerce.

Pelaje de Conejo usó su pata delantera para rodar una piedra pequeña en el centro del claro. Después movió una ramita con su nariz hasta que estuvo a menos de un zorro de distancia de la piedra. Arce Sombrío se levantó para mirar.

—Quiero que se paren en esta ramita —maulló el veterano, apuntando con su cola—, y que salten hasta donde se encuentra la piedra, sin tocar el suelo.

Pequeña Pétalo parpadeó.

—¡Pero si es casi hasta el otro lado del claro!

—¡Me tendrán que crecer alas para brincar tan lejos! —maulló Pequeño Alerce.

—No seas cerebro de ratón —bufó Pelaje de Conejo—. Tu padre podía brincar el doble de esa distancia, y aterrizar en la más pequeña de las hojas sin siquiera perturbar una mosca.

Arce Sombrío sintió una sensación de alarma en su vientre. A su lado, Pequeño Manchado se sentó y ladeó la cabeza a un lado.

—¡Pelaje de Conejo es muy mandón! —chilló.

Pequeña Pétalo estaba agazapándose al lado de la ramita, moviendo la rabadilla mientras se preparaba para saltar. Con un gruñido, se lanzó hacia adelante, pero su pata trasera se atoró en la rama. Se tambaleó hacia un lado, rompiendo la rama y se derrumbó en el suelo a los pies de Pelaje de Conejo.

—¡Hmmm! —murmuró el gato—. Inténtalo de nuevo.

Esta vez, Pequeña Pétalo pudo pasar la rama, pero apenas y logró llegar la mitad del trecho hacia la piedra.

Pelaje de Conejo sacudió su cabeza.

—Es tu turno, Pequeño Alerce —ladró.

El pequeño gatito marrón se veía muy determinado mientras se agachaba. Saltó hacia el aire, casi llegando a la altura de las orejas de Pelaje de Conejo, pero bajó casi verticalmente, como una bellota cayendo de un árbol.

Pelaje de Conejo tuvo que quitarse del medio para evitar ser aplastado.

—¡Mira por dónde vas! —Le dio un par de lametones al pelo de su pecho—. Cara de Abedul podía brincar sin aplastar ningún gato —gruñó.

Arce Sombrío no podía escuchar más. Saltó, desequilibrando a Pequeño Manchado, el cual rodó con un chillido, y trotó hacia el claro.

—Quizá salieron a mí, Pelaje de Conejo —maulló la gata—. Yo tampoco puedo saltar.

El viejo gato entrecerró los ojos.

—No eres tan mala —dijo con voz áspera—. No puedo creer que algún hijo de Cara de Abedul sea tan torpe como un tejón. —Miró hacia Pequeña Pétalo, que se estaba lamiendo la pata que se le había atorado en la rama.

La sangre retumbaba en las orejas de Arce Sombrío.

—¡No dejaré que juzgues a mis hijos incluso antes de que inicien su entrenamiento guerrero! —siseó—. ¡Pequeño Manchado, ven aquí! ¡Vamos a caminar al bosque!

Pequeño Manchado fue directo hacia ella, pero Pequeña Pétalo puso mala cara.

—¡Quiero quedarme aquí y practicar mi salto! —maulló—. Quiero ser tan buena como Cara de Abedul.

Pelaje de Conejo parecía satisfecho.

—Debes estar muy orgullosa de quién fue tu padre —ronroneó—. Recuerdo la vez en la que estábamos acechando un faisán en el Poblado de los Dos Patas. Nunca había visto un pájaro tan grande, pero Cara de

Abedul era muy audaz– y tan silencioso, ¡no podía escucharlo sobre el sonido de la brisa entre las hojas!

—Creo que los cachorros necesitan estirar las patas fuera del campamento —maulló Arce Sombrío, interrumpiendo los recuerdos de Pelaje de Conejo—. ¡Vámonos, ustedes tres! Sin discutir, Pequeña Pétalo.

Los ojos verdes de Pequeño Manchado –tan parecidos a los de Manzano del Anochecer, que hacían que el corazón de Arce Sombrío diese un vuelco– estaban gigantes.

—¿Tenemos permitido estar fuera del campamento? Creí que nos teníamos que quedar en él hasta que fuésemos aprendices.

—Yo estaré con ustedes, así que estarán totalmente a salvo —le dijo Arce Sombrío.

Estrella de Roble y Cola de Abeja estaban de patrulla, y Pelaje de Pecas se había ido a revisar la barrera de piedras en las Rocas de las Serpientes. Pelaje de Conejo había regresado al lugar soleado junto a la madriguera de los veteranos. Aparte de unos cuántos gatos adormilados, el claro estaba vacío. Nadie se daría cuenta si sacaba a los cachorros fuera.

De pronto, Arce Sombrío no podía soportar quedarse mucho tiempo más en el barranco. Azotando la cola, trotó hacia el túnel de aulagas. Los cachorros la siguieron, chillando de emoción.

—¡Voy a atrapar un tejón! —presumió Pequeño Alerce.

—¡Yo observaré cómo el tejón te come primero! —respondió Pequeña Pétalo.

Pequeño Manchado estaba corriendo al lado de los talones de su madre.

—¡No dejes que un tejón me coma! —lloró.

Arce Sombrío se detuvo al lado de la entrada del túnel de aulagas y se volvió para lamer las orejas de Pequeño Manchado.

—Nunca dejaré que te pase algo malo —prometió. Con una mirada más para comprobar que nadie los estuviese vigilando, hizo que sus cachorros se encaminaran entre las ramas.

—¡Auch, está espinoso! —chilló Pequeña Pétalo.

—No te detengas —Arce Sombrío la presionó. Con un rápido golpeteo de patas sobre el duro suelo, los cachorros emergieron del túnel y se detuvieron de golpe, observando sus alrededores.

—¡Wow, fuera del campamento es enorme! —dijo Pequeño Alerce sin aliento.

—Es más grande en lo más alto de la hondonada —maulló Arce Sombrío. Empujó a sus hijos hacia el camino que guiaba a los árboles. Su

pelaje se erizó con la sola idea de ser descubiertos por alguna patrulla que estuviese regresando al campamento.

Los cachorros se arremolinaron hacia la pendiente, con Pequeña Pétalo a la cabeza. Se veían incluso más pequeños que de costumbre al lado de los troncos de los imponentes robles y hayas que colgaban sobre el barranco.

Arce Sombrío apresuró a los gatitos por un camino poco usado por el Clan debajo de unos densos helechos; los cachorros querían detenerse y olfatear cada hoja, cada marca en el suelo, pero Arce Sombrío los mantuvo caminando, agachándose bajo las frondas de olor dulce, con la esperanza de que el olor de las plantas cubriera su rastro.

La maleza comenzó a hacerse menos espesa y el sonido del agua salpicando se colaba entre los árboles. Pequeño Alerce levantó las orejas.

—¿Qué es eso? —maulló. Mientras se intentaba asomar entre los tallos, se tropezó con una rama y cayó sobre su nariz.

Arce Sombrío lo ayudó a ponerse de nuevo en pie antes de que el cachorro pudiese soltar un chillido. «*Me alegro de que Pelaje de Conejo no viera eso*», pensó. No podía negar que sus hijos eran más torpes que sus parientes del Clan del Trueno.

Pequeño Manchado había seguido caminando mientras Arce Sombrío levantaba a su hermano, y la gata escuchó un repentino chillido de sorpresa.

—¡Agua! ¡Agua por todas partes, miren!

Los hermanos del cachorro se acercaron hasta pararse al lado de él, a la orilla de los helechos. Arce Sombrío se unió a ellos y observó el brillo deslumbrante del río mientras fluía, raudo y resplandeciente.

—Es lo más hermoso que he visto —susurró Pequeña Pétalo.

—¿De dónde viene? —maulló Pequeño Alerce.

Su madre lo pensó por un momento.

—La verdad es que no lo sé —admitió—. Río arriba hay un acantilado profundo al lado del territorio del Clan del Río…

—¿Podemos ir ahí? —demandó Pequeño Manchado.

Arce Sombrío negó con la cabeza.

—No, pequeño. Está muy lejos para que vayas caminando hoy. Pero algún día lo verás, lo prometo.

Pequeño Manchado, usualmente tímido y feliz de dejar que sus hermanos lo probaran todo antes que él, trotó hacia las piedras a la orilla del agua.

—¡Ten cuidado! —advirtió Arce Sombrío.

Su hijo se volteó para verla, con los ojos brillosos y con gotas de agua destellando en sus bigotes.

—Está bien —maulló —¡Observa!

Antes de que Arce Sombrío pudiese detenerlo, el gatito saltó hacia adelante y se resbaló directo al agua. Por un segundo que casi le para el corazón a la gata, el cachorro se desvaneció, entonces su cabeza rojiza y blanca reapareció en la superficie.

—¡Mírenme! —chilló.

Pequeño Alerce y Pequeña Pétalo corrieron hacia la orilla y se lanzaron al agua. Por unos cuantos pasos sus pequeñas patitas se enterraron en los guijarros, mientras el agua lamía sus esponjosas pancitas, después ya estaban nadando a través del río.

Arce Sombrío sintió un estallido de amor como el sol al salir. «*¡Oh, Manzano del Anochecer! ¡Nuestros cachorros son mitad del Clan del Río, eso es seguro!*».

Pequeño Manchado alcanzó una rama que sobresalía del agua y se arrastró sobre ella. Agua chorreaba de su pelaje, haciéndolo ver lustroso como las plumas de un cuervo. Apenas y se veía más grande que un ratón con el pelaje pegado a sus costados, los cuales se agitaban mientras el cachorro recuperaba el aliento.

Arce Sombrío sintió una sacudida de preocupación.

—¿Estás bien? —lo llamó.

Pequeño Manchado asintió, aun jadeando demasiado fuerte como para hablar. Arce Sombrío se paseó de arriba a abajo en la orilla. Odiaba la idea de mojarse las patas, pero no estaba segura de que el cachorro tuviese energía suficiente para nadar de vuelta por su cuenta.

Los otros cachorros estaban jugando a las escondidas entre una mata de juncos cerca de la orilla.

—¡Pequeño Alerce! ¡Pequeña Pétalo! ¡Vayan a ayudar a su hermano! —maulló.

De pronto, los juncos de la orilla lejana crujieron y apareció una cabeza gris oscura. Arce Sombrío se quedó helada. Era Cola Puntiaguda, el lugarteniente del Clan del Río.

En el centro del río, Pequeño Manchado se desplomó en la rama, con la mejilla apoyada en la resbaladiza corteza.

—¿Qué está haciendo ese cachorro? —gruñó Cola Puntiaguda. Caminó hacia la orilla, con el pelaje del lomo erizado.

Arce Sombrío abrió la boca para hablar, pero dos guerreros más estaban emergiendo de los juntos al lado de Cola Puntiaguda.

—¿Acaso el Clan del Trueno está enviando a sus gatos más jóvenes a invadirnos? —preguntó Pelaje de Leche, con su pelaje blanco contrastando contra las rocas.

El tercer gato se encontró con la mirada de Arce Sombrío a través del río. Desde la distancia, sus ojos verdes eran indescifrables.

—Creo que un cachorro no es una amenaza para nuestro territorio —maulló—. Lo regresaré a donde pertenece.

Caminó hacia el agua, su pelaje marrón pálido se tornó negro mientras se deslizaba debajo de la superficie.

—Pequeño Alerce, Pequeña Pétalo, ¡vengan aquí! —siseó Arce Sombrío. Los cachorros chapotearon hacia ella, luciendo asustados.

—¿Ese guerrero del Clan del Río nos va a atrapar? —chilló Pequeña Pétalo.

Arce Sombrío observó como la cabeza de Manzano del Anochecer se balanceaba, acercándose constantemente a la rama.

—No —maulló la gata—. Están a salvo, no te preocupes.

Manzano del Anochecer le murmuró algo a Pequeño Manchado, tan bajo que Arce Sombrío no pudo escuchar. El cachorro se deslizó de la rama de vuelta al agua. El guerrero del Clan del Río lo ayudó a estabilizarse con una pata, y lo empezó a propulsar hacia la orilla del Clan del Trueno.

Arce Sombrío se dio cuenta de que los cachorros estaban temblando de frío y agachó la cabeza para lamerles el pelaje.

—¿Estamos en problemas? —maulló Pequeño Alerce.

—Calla, todo está bien —murmuró su madre entre lamidas.

Manzano del Anochecer caminó fuera del río con Pequeño Manchado colgando del hocico del guerrero. Bajó al cachorro en las rocas y lo empujó para que se pusiera de pie.

—Creo que este está agotado de tanto nadar —comentó. Su mirada ardió en la de Arce Sombrío—. Te arriesgaste mucho, al traerlos tan cerca de nuestra frontera.

—Quería enseñarles el río —maulló la gata. Movió su cuerpo de forma que los cachorros quedaron detrás de ella, fuera del alcance de sus oídos. Podía escuchar a Pequeño Alerce preguntándole a Pequeño Manchado qué se sentía el nadar tan lejos.

Manzano del Anochecer se acercó hasta que su hocico casi tocaba la mejilla de Arce Sombrío.

—Son asombrosos —dejó salir—. Fuertes y valientes, y tan confiados de estar en el agua como cualquier gato del Clan del Río. Estoy tan orgulloso de ti. —Se enderezó y levantó la voz—. No quiero verte a ti ni a estos cachorros cerca del río de nuevo —maulló. El anhelo en sus ojos contaba una historia diferente.

Arce Sombrío agachó la cabeza.

—Por supuesto, Manzano del Anochecer. Gracias por traer de vuelta a Pequeño Manchado.

Manzano del Anochecer miró a los cachorros una vez más, y luego se dirigió hacia el río.

—¡Esos cachorros no tienen edad suficiente para estar fuera de la maternidad! —llamó Pelaje de Leche a través del río—. ¿En qué estabas pensando al traerlos aquí? ¡Pudieron haberse ahogado!

—Quizá ganaron las Rocas Soleadas, pero el río aún nos pertenece —aulló Cola Puntiaguda—. Manzano del Anochecer ha sido misericordioso esta vez, pero de ahora en adelante, manténganse lejos de nuestro territorio.

Arce Sombrío dirigió a sus cachorros hacia los helechos. Estaban saltando sobre sus patitas, incluso Pequeño Manchado, su pelaje se iba esponjando mientras se iba secando.

—¡Eso fue lo mejor de lo mejor! —chilló Pequeño Alerce.

—¿Cuándo podemos volver aquí de nuevo? —preguntó Pequeña Pétalo—. ¡Nadar es mucho más divertido que saltar!

—Yo nadé más lejos que todos ¿no es así? —dijo Pequeño Manchado con orgullo.

Súbitamente, una figura negra bloqueó el camino. Arce Sombrío levantó la mirada y se encontró con la mirada inquisitiva de Ala de Cuervo. El curandero bajó la vista para mirar a los cachorros.

—¿Qué estaban haciendo en el río? —preguntó.

Las patas de Arce Sombrío comenzaron a hormiguearle.

—Los… ¿los viste? —susurró.

Ala de Cuervo asintió.

—Lo vi todo. ¿Qué está ocurriendo, Arce Sombrío?

Antes de que la gata pudiese contestar, los cachorros se arremolinaron unos con otros, intentando contar su aventura.

—Un guerrero del Clan del Río tuvo que salvar a Pequeño Manchado… —maulló Pequeño Alerce.

—¡No lo hizo! ¡Solo estaba descansando! —interrumpió Pequeño Manchado, enfadado.

—Todo está bien, ninguno estuvo en peligro —maulló Arce Sombrío mientras Ala de Cuervo entrecerraba los ojos.

—¡El gato del Clan del Río fue muy amable! —chilló Pequeño Manchado—. Dijo que era muy valiente, ¡y muy buen nadador!

—¿Eso dijo? —maulló Ala de Cuervo—. ¿Qué más dijo? —El curandero dio un paso adelante.

Arce Sombrío enroscó la cola alrededor de sus hijos.

—Vamos pequeños, es hora de irnos a casa.

Ala de Cuervo no se movió de donde estaba.

—Vi un presagio, Arce Sombrío —murmuró—. Me pregunto si sabes algo acerca de ello.

Había algo en su voz que hizo que el pelaje de la gata se pusiera de punta.

—¿Por qué tendría que saber algo acerca de un presagio?

Ala de Cuervo la miró sin parpadear.

—Un pequeño arroyo apareció en mi guarida, en un lugar donde jamás ha corrido un arroyo. Traía consigo tres pedazos de juncos. —Pasó su pata sobre el suelo, como si imitara el trayecto del riachuelo—. Los juncos no crecen en el territorio del Clan del Trueno —continuó—. No pertenecen dentro de nuestras fronteras. ¿Entiendes?

Arce Sombrío se encogió de hombros.

—Ha habido mucha lluvia en esta estación de la caída de la hoja, muchos pedacitos de muchas cosas deben estar regados por todas partes —intentó mantener su voz tranquila, pero había una sensación fría y pesada en su estómago, como si se hubiese tragado una piedra del río.

Ala de Cuervo observó a los cachorros jugar con una bellota, lanzándola uno a otro con sus patitas.

—Creo que el presagio significa que el río arrastró a tres gatos extraños al Clan del Trueno. Tres gatos que no pertenecen aquí.

El corazón de Arce Sombrío palpitaba tan fuerte que apenas y podía respirar.

—¿Qué intentas decir? —susurró.

Ala de Cuervo la miró y de pronto, ya no se miraba como un gato joven e inexperimentado. El conocimiento brillaba en sus ojos como gélidas estrellas.

—Cara de Abedul no es el padre de los cachorros, ¿no? Pelaje de Conejo me contó lo que pasó hoy, como ninguno mostraba signos de

acechar o saltar como él. Y no me digas que se parecen a ti —añadió, interrumpiendo a Arce Sombrío, quien apenas iba abriendo la boca para responder—. Caminas tan suavemente como cualquier guerrero del Clan del Trueno.

El curandero miró detrás de ella, hacia el río que chapoteaba más allá de los árboles.

—Observé a tus cachorros nadar en el río como si fuesen peces. Creo que estos cachorros son hijos de un gato del Clan del Río. De Manzano del Anochecer, a juzgar por el color de su pelaje y por la forma en la que te habló cuando te regresó a Pequeño Manchado.

Arce Sombrío sintió el suelo sacudirse bajo sus patas.

—El Clan del Trueno ha sido bendecido al tener a tres hermosos y fuertes cachorros —siseó—. La verdad será revelada en el momento adecuado. No es mi culpa que todos asumieran que Cara de Abedul era el padre.

—¡No puedo dejar que les mientas a nuestros compañeros de Clan! —escupió Ala de Cuervo—. Y ahora qué sé la verdad, yo tampoco puedo mentir.

—No te he contado nada —maulló Arce Sombrío con los dientes apretados.

—Me has contado lo suficiente —respondió el curandero. Había tristeza en sus ojos color azul cielo—. La verdad debe salir a la luz.

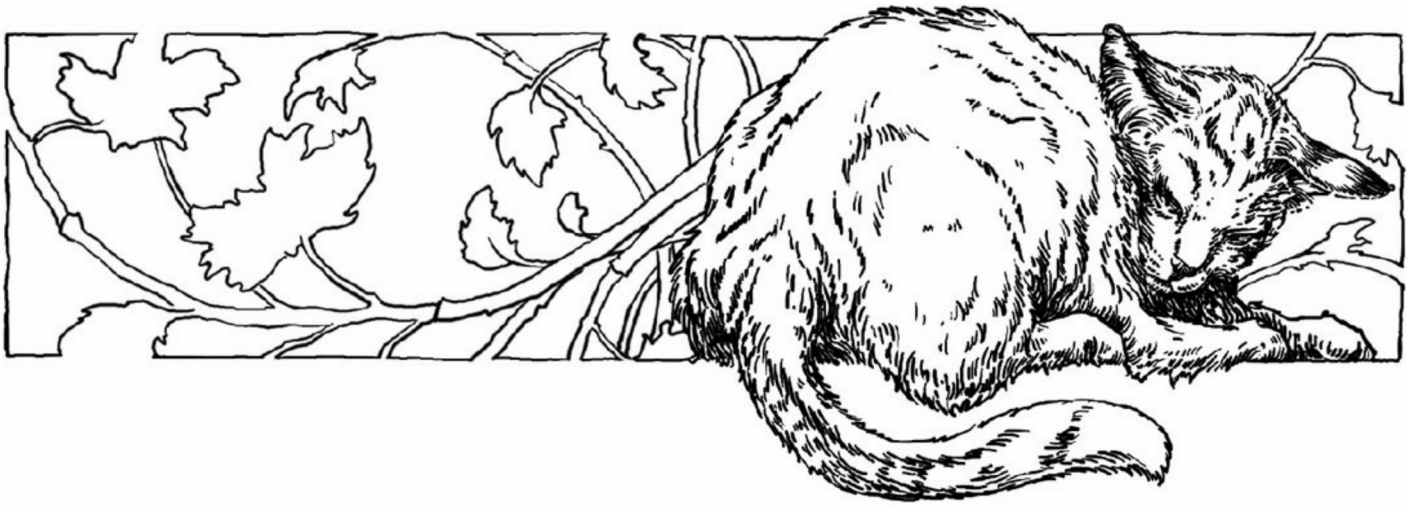
—¡Por favor no digas nada! —suplicó la gata—. ¡Estos son cachorros del Clan del Trueno!

—Son mitad del Clan del Río —la corrigió el gato, con la voz tan dura como el hielo—. Nuestros compañeros de Clan merecen saberlo. Lo siento, Arce Sombrío. Lo siento por ti, pero más por estos cachorros. Ellos terminarán sufriendo por las mentiras que contaste. —Se giró y desapareció entre los helechos.

Arce Sombrío se quedó mirando hacia donde se había ido el curandero. «*Clan Estelar, ¡ayúdame!*». Por un momento, consideró tomar a sus hijos y correr con ellos hasta lo más profundo del bosque, para esconder a sus cachorros de cualquier gato que quisiera dañarlos.

Pero entonces miró a Pequeña Pétalo balanceando la bellota sobre su cabeza mientras sus hermanos intentaban tirarla al sueño.

«*El Clan del Trueno ama a estos cachorros y no harán nada para lastimarlos. Siempre planeé decirles la verdad, es solo que está pasando más pronto de lo que pensé*».



Capítulo 4

Para cuando llegaron al camino que llevaba hacia la hondonada, los cachorros estaban arrastrando las patas del cansancio.

—¡Ya casi llegamos, pequeños! —Arce Sombrío maulló alentadoramente. Esperaba poder acostarlos en la maternidad y alimentarlos antes de que Ala de Cuervo fuese a buscarla.

Pequeño Manchado se tropezó en la rocosa pendiente, así que Arce Sombrío lo dejó recargarse en sus hombros, cargando con casi todo su peso mientras descendían hacia el túnel de aulagas.

Pequeña Pétalo dejó escapar un enorme bostezo.

—¡Tengo mucho sueño! —murmuró.

—¡Tengo hambre! —chilló Pequeño Alerce—. ¡Mi barriga ruge más fuerte que un tejón!

Pasaron a través del túnel de aulagas, agachando sus cabezas, manteniendo las afiladas ramas fuera del alcance de sus ojos. Arce Sombrío los siguió, empujando a Pequeño Manchado frente a ella. Cuando emergió del túnel, Pequeña Pétalo y Pequeño Alerce se habían detenido en la entrada.

—Vamos —urgió Arce Sombrío, con toda su atención dirigida a Pequeño Manchado, que se balanceaba sobre sus patas.

—Creo que está pasando algo —susurró Pequeña Pétalo.

Arce Sombrío levantó la mirada. El claro estaba atestado de gatos, todos con la mirada fija en ellos. Estrella de Roble se postraba sobre la Peña Alta, con su silueta marcada contra los árboles. Ala de Cuervo estaba agazapado debajo de él, con la mirada dura.

El lugarteniente, Cola de Abeja, estaba al lado del curandero, con su pelaje rayado revuelto, como si lo hubiesen interrumpido a media acicalada.

Arce Sombrío comenzó a temblar. Pequeño Manchado se presionó contra ella.

—¿Qué sucede? —chilló el cachorro.

—Nada de qué preocuparte —le dijo su madre—. Vayan y párense allá. —Apuntó con su cola hacia una mata de helechos al borde del claro. Los tres gatitos trotaron hacia el lugar en silencio y se acurrucaron juntos.

—Ven aquí, Arce Sombrío —comandó Estrella de Roble.

Con piernas que parecían estar hechas de piedra, Arce Sombrío caminó hacia adelante hasta que estuvo parada en el centro del claro.

—¿Qué sucede, Estrella de Roble?

El gato marrón oscuro sacudió la punta de su cola.

—¿Quién es el padre de tus cachorros? —preguntó—. ¡Dí la verdad!

Antes de que Arce Sombrío pudiera hablar, hubo un revuelo de pelaje dorado junto a ella. Pelaje de Pecas pasó entre un grupo de gatos y se unió a Arce Sombrío debajo de la Peña Alta.

—¡Sabemos que fue Cara de Abedul! —le dijo a Estrella de Roble—. ¿Por qué estás preguntando eso?

—Quiero que Arce Sombrío nos lo diga por sí misma —maulló el líder, con una voz suavemente amenazadora—. Me dejó creer que mi hijo Cara de Abedul era el padre de sus cachorros. No puedo imaginar a alguno de mis guerreros atreviéndose a contar tal mentira.

Arce Sombrío desplazó su peso hacia las patas traseras para que pudiese mantener la mirada del líder.

—Cualquier Clan estaría orgulloso de ver crecer a estos cachorros para servirles —declaró.

—¿Incluso si esos cachorros son híbridos entre dos Clanes? —maulló Ala de Cuervo—. Merecemos saber la verdad, Arce Sombrío. Manzano del Anochecer es el padre de los cachorros, ¿no es así?

Por un momento, el bosque entero pareció contener el aliento. Entonces hubo un alarido de puro horror y Pelaje de Pecas se lanzó contra Arce Sombrío.

—¿Es eso cierto? —aulló, arañando la cara de Arce Sombrío—. ¡¿Qué has hecho?!

Arce Sombrío trastabilló hacia atrás.

—¡Basta! —jadeó. Intentó levantar sus patas traseras para escudarse de Pelaje de Pecas, pero la gata la tenía inmovilizada.

De pronto, el peso de la gata sobre el estómago de Arce Sombrío desapareció, y abrió los ojos para ver como Pelaje de Pecas era apartada por Corazón Floreciente y Manto de Semilla.

Arce Sombrío se tambaleó sobre sus patas. La sangre de uno de sus párpados desgarrado se arremolinaba en su ojo y su mejilla ardía a causa de un golpe bien dado. Alrededor de ella, los gatos siseaban y murmuraban.

Pelaje de Pecas se deshizo de los guerreros que la empujaban y miró a Arce Sombrío.

—¡Has traicionado el nombre de mi hermano! —escupió—. ¡Nos has traicionado a todos con tus mentiras y tu deslealtad! No mereces llamarte guerrera y menos esas… esas criaturas mestizas. —Curvó su labio hacia los tres cachorros, que se escondían detrás de las helechos—. ¡Su padre mató a Cara de Abedul y a Zarpa de Flor! ¡Sáquenlos de aquí!

Arce Sombrío sacudió gotas escarlatas en la hierba.

—¿Qué importa quién sea el padre? —demandó con furia—. Le he dado al Clan del Trueno tres buenos cachorros. Soy una reina y debería ser tratada con respeto. El Clan Estelar sabe que necesitamos más guerreros, ¡y aquí están! —«*¿Acaso mis compañeros de Clan se han vuelto locos, para que se vuelvan en mi contra así?*».

Estrella de Roble saltó de la Peña Alta y se detuvo delante de ella. Sus ojos amarillos brillaron con odio y acercó su cabeza hasta que su aliento caliente azotó el hocico de Arce Sombrío.

—¿Has olvidado que Manzano del Anochecer asesinó a mi hijo y a Zarpa de Flor? De todos los gatos, ¿por qué lo escogiste a él? No es posible que esperes mi perdón. —Dio un paso atrás y levantó la cabeza—. Has traicionado el código guerrero y mentido a tus compañeros de Clan. No criaremos a tus cachorros dentro de los límites de nuestro campamento. Tómalos y llévatelos. Ya no eres una guerrera del Clan del Trueno.

Arce Sombrío trastabilló hacia atrás.

—¡No puedes decirlo en serio! ¡Estos cachorros pertenecen al Clan del Trueno! ¡Tienes que dejarnos quedarnos!

Estrella de Roble sacudió la cabeza.

—No, no tengo qué. —Miró al resto del Clan—. Ala de Cuervo me contó sobre una señal que recibió, un misterioso arroyo de agua que trajo tres pedazos de juncos dentro de su guarida. Los juncos no pertenecen dentro de nuestro territorio, y ciertamente no pertenecen dentro del corazón del campamento. ¡Estos cachorros no traerán nada más que peligro!

—¡Deshazte de ellos! —chilló Pelaje de Pecas—. ¡Exílialos lejos!

—Estrella de Roble tiene razón, no pertenecen aquí —gruñó Corazón Floreciente.

Arce Sombrío miró con horror al atigrado gris.

—¡Tú fuiste mi mentor, Corazón Floreciente! ¡Sabes que nunca traicionaría a mi Clan!

—Ya lo hiciste —replicó el gato con brusquedad—. Estoy avergonzado de ti.

Le dio la espalda y Arce Sombrío sintió como su corazón se rompía en pedazos.

—Nunca olvidaré esto —siseó, volteándose lentamente para mirar a cada uno de sus compañeros de Clan—. Me han traicionado, a mí y a mis hijos. Vivirán para arrepentirse de esto para siempre, Clan del Trueno, y esa es una promesa. —Caminó hacia donde estaban sus hijos y enroscó la cola alrededor de ellos—. Este ya no es nuestro hogar —les dijo—. Vámonos.

Los empujó de nuevo hacia el túnel de aulagas y hacia el camino fuera de la hondonada. Pequeña Pétalo cayó y se raspó la nariz con una roca, pero estaba demasiado cansada como para protestar. Simplemente se levantó y siguió caminando a tropezones, como si supiera que no tenía caso que se quejara. Arce Sombrío sintió cómo su corazón se rompía un poco más.

—¿Por qué ya no nos quieren? —lloró Pequeño Manchado mientras se dirigían hacia los árboles. Había comenzado a llover y gruesas gotas caían sobre los helechos a su alrededor.

—Porque son un montón de gatos con cerebro de ratón, ojos de murciélago y corazón de zorro —siseó Arce Sombrío.

—¡Esas son malas palabras! —maulló Pequeño Alerce—. Se supone que no puedes decirlas.

—Son la verdad —respondió su madre sombríamente.

—¿Qué estaban diciendo sobre nuestro padre? —preguntó Pequeña Pétalo—. ¿Tampoco quieren a Cara de Abedul?

Arce Sombrío sintió una aplastante necesidad de recostarse y deslizarse hacia un sueño lleno de oscuridad.

—Les contaré todo después —les prometió—. Primero debemos cruzar el río.

—¿Vamos a ir a nadar de nuevo? —graznó Pequeño Manchado—. ¡Pero ese gato del Clan del Río nos dijo que nos alejáramos del agua!

—Todo ha cambiado ahora —murmuró Arce Sombrío.

Cuando emergieron del refugio que brindaban los árboles, la lluvia caía con tanta fuerza que Arce Sombrío apenas podía mantener los ojos abiertos.

—No quiero ir a nadar más —lloró Pequeño Alerce—. Quiero ir a casa.

—Desearía estar en la maternidad —Pequeña Pétalo sorbió por la nariz—. Está demasiado mojado como para estar afuera.

—¡No tenemos hogar! —soltó la gata carey y blanca. Tuvo que alzar su voz para que se escuchara sobre el repiqueteo de la lluvia sobre la orilla del río—. Olvídense del Clan del Trueno y de la maternidad. —Se quedó mirando al río. Las puntas de las rocas que formaban el pasadero apenas eran visibles entre las olas producidas por el viento sobre el río—. No tenemos que nadar todo el trayecto —les dijo a los cachorros—. ¿Ven esas rocas? Solo tenemos que nadar una hacia la otra hasta llegar al otro lado.

—¡Pero entonces estaremos en el Clan del Río! —chilló Pequeño Manchado—. ¡Se supone que no debemos ir ahí!

—Todo estará bien —maulló Arce Sombrío, tratando de sonar calmada—. Su padre estará feliz de vernos.

Pequeño Alerce ladeó la cabeza.

—¡Creí que nuestro padre estaba muerto!

Arce Sombrío tomó una gran bocanada de aire.

—¿Recuerdan a ese amable gato del Clan del Río que ayudó a Pequeño Manchado hoy? Él es su padre. No Cara de Abedul.

Pequeño Alerce arrugó la nariz.

—Pero eso no tiene sentido. Nuestro padre no puede ser del Clan del Río. ¡Somos gatos del Clan del Trueno!

—Son mitad del Clan del Río —les contó Arce Sombrío—. Es por eso que hoy les gustó tanto el agua.

Los ojos de los tres gatitos se estrecharon hasta que parecieron lunas.

—¿Es por eso que nuestros compañeros de Clan están enojados con nosotros? —preguntó Pequeña Pétalo.

—Sí —maulló Arce Sombrío. Sintió como el pelo comenzaba a erizarse sobre su columna—. Pero están equivocados —gruñó—. Cambiarán de pensar pronto, pero hasta entonces, viviremos en el Clan del Río. Todo irá bien. —Empujó a Pequeña Pétalo más cerca del río—. Vamos, necesitamos cruzar antes de que oscurezca.

La pequeña gatita marrón vaciló.

—¡No quiero! —chilló—. ¡Hay demasiada agua!

—Estarás bien —insistió Arce Sombrío. Guió a Pequeño Alerce y a Pequeño Manchado hacia su hermana—. Estaré justo detrás de ustedes.

Pequeño Manchado miró hacia atrás.

—¿Prometes que estaremos bien?

—Lo prometo.

El gatito rojizo y blanco caminó valientemente hacia las olas. Casi al instante, el agua llegó sobre su cabeza, pero el gatito luchó para mantenerse a flote, escupiendo. Sus hermanos lo siguieron.

Arce Sombrío observó como sus tres cabecitas nadaban hacia la primera roca del pasadero. La escalaron, y se pararon con el agua hasta la barriga, temblando.

—¡Espérenme! —llamó Arce Sombrío—. ¡Ya voy!

Apretando los dientes, la gata se lanzó hacia el río. El agua lamía su pelaje, calándola hasta los huesos. Se forzó a sí misma a abandonar la orilla y a mover sus patas, propulsándose hacia los pasaderos.

«*Tengo que hacer esto por mis hijos*», se dijo a sí misma, odiando cada momento.

De pronto, hubo un fuerte rugido río arriba.

—¡Naden más rápido! —aulló Pequeña Pétalo—. ¡Algo viene!

Arce Sombrío miró hacia un lado y vio una enorme pared de agua que se aproximaba hacia ella, barriendo ramas y escombros delante de ésta. Pataleó furiosamente, pero la corriente la estaba arrastrando lejos de los pasaderos, no hacia ellos.

—¡Esperen! —aulló a los cachorros mientras la ola chocaba contra su cabeza.

Arce Sombrío fue arrastrada hasta el fondo del río por la fuerza de la corriente. Ramas golpeaban contra ella, y cuando abrió los ojos, no vio más que burbujas y guijarros revueltos en la corriente. Con el pecho aullando por aire, la gata forzó su camino hacia la superficie y salió, jadeando. Sus patas golpearon algo duro mientras las agitaba; sacando las uñas, logró subirse sobre la roca. De alguna forma, había logrado llegar hacia la primera piedra de los pasaderos. Miró a su alrededor. Los cachorros se habían ido. Arce Sombrío se quedó mirando al agua con horror. «*¡Mis hijos! ¿Dónde están?*». Cualquier esperanza de que hubieran llegado a la segunda piedra se desvaneció cuando vio a tres pequeñas figuras siendo arrastradas corriente abajo.

—¡Ayuda! —aulló Pequeña Pétalo antes de que una ola la empujara hacia abajo.

Arce Sombrío saltó desde la piedra y nadó furiosamente hacia sus cachorros. Una pálida figura se balanceó frente a ella. La alcanzó y agarró con una garra el pelaje empapado del gatito. Era Pequeño Manchado. Sus ojos estaban cerrados.

—¡Despierta! —aulló Arce Sombrío—. ¡Tienes que nadar!

Un débil maullido vino de algún lugar detrás de la gata. Arce Sombrío levantó la cabeza y miró entre las olas. Pequeño Alerce se intentaba sostener de una rama que colgaba del río. Agarrando a Pequeño Manchado entre sus mandíbulas, Arce Sombrío luchó por abrirse camino hacia el árbol. Intentó sacar a Pequeño Manchado fuera del agua, pero el cachorro era demasiado pesado y se deslizó fuera de su alcance.

—¡No! —aulló Arce Sombrío mientras el cachorro se desvanecía entre las oscuras aguas del río.

Pequeño Alerce perdió el equilibrio en la rama y cayó en el agua al lado de la gata. Arce Sombrío hundió sus dientes en la nuca del cachorro, pero la fuerza de la corriente era demasiada. Pequeño Alerce fue arrebatado de ella, y el cachorro fue llevado lejos con un pequeño chillido.

—¡Arce Sombrío! ¡Arce Sombrío! ¡Agarra la rama! —alguien estaba gritando frenéticamente desde la orilla. Arce Sombrío vio a Manzano del Anochecer vadeando hacia el río, con el pelaje erizado por la alarma. Hizo un ademán con la cola, señalando hacia un árbol que sobresalía sobre su cabeza—. ¡Sosténte de ahí y te sacaré!

Arce Sombrío apenas estaba vagamente consciente al momento de enganchar las garras en la rama que estaba a su lado. Sintió cómo la arrastraban entre el agua, y luego unas fuertes mandíbulas la agarraron del pelaje, empujándola hacia las piedras.

Manzano del Anochecer se erguía sobre ella.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué estás haciendo? ¿Dónde están los cachorros?

Dos figuras más aparecieron al lado de él.

—¿Qué está haciendo una gata del Clan del Trueno en el río? —preguntó una de esas figuras. Arce Sombrío reconoció la voz de Patas Manchadas, un guerrero joven.

—¿Es Arce Sombrío? —preguntó su acompañante.

—Eso creo, Cola de Anguila —maulló Patas Manchadas. Se acercó más, con el pálido pelaje gris brillando en la tenue luz.

—Mis hijos —dijo Arce Sombrío con la voz rasposa—. Salven a… mis hijos…

La cara de Manzano del Anochecer emergió sobre ella, con los ojos dilatados de horror.

—¡¿Me estás diciendo que los cachorros están en el río?!

Arce Sombrío asintió, demasiado débil para hablar.

Cola de Anguila ya estaba corriendo hacia la orilla del río.

—¡Si los cachorros están ahí, estarán en grandes problemas! —llamó sobre su hombro. Patas Manchadas corrió detrás de ella.

Manzano del Anochecer se agachó al lado de Arce Sombrío.

—Los encontraré, lo prometo —susurró. Después corrió hacia el río.

La gata cerró los ojos. «*Clan Estelar, ayuda a mis hijos* —pidió—. *Nada de esto es culpa de ellos. Llévame a mí si debes, pero por favor, perdónales la vida*».

Se quedó quieta, sintiendo el agua escurrir de su pelaje, hasta que escuchó pasos crujiendo sobre los guijarros. Levantó la cabeza y vio a Manzano del Anochecer aproximándose. En la oscuridad, no podía ver la expresión del gato.

—¿Los encontraste?

—Sí —maulló—. Los encontramos.

Arce Sombrío se levantó.

—¿Dónde están?

Sin decir ni una sola palabra, Manzano del Anochecer se giró y la guió río abajo. Se abrió camino entre una densa mata de juncos y le hizo señas a Arce Sombrío con la cola.

Cola de Anguila y Patas Manchadas estaban de pie sobre tres pequeñas figuras oscuras. Cola de Anguila la miró, con los ojos brillosos de lástima.

—Lo siento tanto —maulló—. No pudimos salvarlos.

Un horrible grito hendió el aire. Arce Sombrío se preguntó de dónde provenía ese sonido hasta que vio que su boca estaba completamente abierta. Cerró las mandíbulas con un golpe seco y dio un paso hacia sus cachorros. Sus patas se doblaron y de pronto estaba acostada al lado de ellos, lamiendo desesperadamente a cada uno.

—Despierten, pequeños —urgió—. Logramos pasar el río. ¡Ya están a salvo ahora!

Pero los cuerpecillos rodaron flácidamente bajo sus lengüetazos, y los tres pares de ojos permanecieron cerrados. Arce Sombrío presionó su hocico contra la fría mejilla de Pequeño Manchado.

—Me prometiste que jamás me dejarías —susurró la gata. "*Tú me prometiste que me mantendrías a salvo*". La voz del cachorro retumbó

dentro de su cabeza—. ¡Lo siento! —lloró Arce Sombrío—. ¡Intentaba encontrarnos un nuevo hogar! ¡No sabía a dónde más ir!

—¿De qué estás hablando? —Manzano del Anochecer sonaba aturdido—. ¿Me estás diciendo que deliberadamente intentaste cruzar el río? ¿En medio de una inundación?

Arce Sombrío se giró para verlo.

—El Clan del Trueno nos echó —explicó—. No teníamos a dónde más ir.

—No sé qué está pasando aquí, pero tenemos que llevar a estos cachorros con Estrella Oscura —maulló Cola de Anguila—. Necesita saber sobre esto.

Por un momento, pareció como si Manzano del Anochecer fuese a discrepar, pero entonces asintió.

—Tienes razón. Vamos, cada uno tomará un cachorro. Arce Sombrío, síguenos.

Los guerreros del Clan del Río agarraron gentilmente a las pequeñas figurillas desmadejadas y los cargaron lentamente por la orilla del río. Arce Sombrío se tambaleaba detrás de ellos, demasiado entumecida como para pensar con claridad. A su lado, el río se había calmado y el agua lamía la orilla como lengua de gato, produciendo suaves y reconfortantes sonidos en la silenciosa atmósfera.

Arce Sombrío esperó a que Manzano del Anochecer mandara al resto de los guerreros a adelantarse, que encontrara alguna excusa para poder llorar a sus cachorros juntos, antes de enfrentarse al resto de su Clan. Pero el gato ni siquiera se volvió para mirarla. «*Ni siquiera me ha preguntado cómo los nombré*».

Los guerreros caminaban entre juncos altos en un estrecho camino de densa tierra marrón. El camino se abrió hacia un claro que se elevaba sobre el agua por más montañas de tierra, encima de varias ramas herméticamente tejidas, como si fuese un nido enorme. Arce Sombrío detectó el brillo de muchos pares de ojos, que la observaban desde entre los juncos, y su empapado pelaje se erizó.

Una gata naranja corrió hacia Manzano del Anochecer. Arce Sombrío la reconoció al instante; era Junco Brillante, la guerrera que había estado revoloteando sobre Manzano del Anochecer en la Asamblea.

—¿Alguien cayó sobre el río? —jadeó Junco Brillante—. ¿Estás bien?

El guerrero del Clan del Río dejó el cuerpo de Pequeña Pétalo en el suelo gentilmente, como si la cachorrita estuviese dormida y tocó con su cola el costado de Junco Brillante.

—Estoy bien. Necesito hablar con Estrella Oscura.

Junco Brillante se quedó donde estaba, su mirada iba una y otra vez de vuelta a Arce Sombrío.

—¿Qué está haciendo ella aquí? ¿Qué está pasando, Manzano del Anochecer?

Hubo un pequeño movimiento en el extremo más alejado del claro y Estrella Oscura salió de entre los juncos. Todos los gatos guardaron silencio.

Manzano del Anochecer dio un paso al frente.

—Tres cachorros se ahogaron en el río —anunció.

«*¡Pregúntame sus nombres!*». , chilló Arce Sombrío silenciosamente.

Manzano del Anochecer se miró las patas.

—Yo… yo soy el padre de esos cachorros.

Arce Sombrío aguantó la respiración. Esta era la oportunidad de Manzano del Anochecer de rogar por piedad para ella, de explicar que Arce Sombrío merecía tener un lugar en el Clan del Río, porque era la madre de sus hijos.

Estrella Oscura estrechó las pupilas hasta que parecieron pequeñas hendiduras.

—¿Qué intentas decir, Manzano del Anochecer? ¿De qué estás hablando?

—Lo siento, Junco Brillante —susurró el gato—. Por favor, perdóname.

Junco Brillante sacudió la punta de la cola.

—¿Perdonarte por qué?

Arce Sombrío vio la preocupación en los ojos de Junco Brillante y sintió que algo dentro de ella se transformaba en hielo puro. Esta gata no era una simple compañera de Clan para Manzano del Anochecer.

El gato, cabizbajo, continúo.

—Hace muchas lunas, me encontré en secreto con Arce Sombrío.

Hubo un jadeo general por parte de sus compañeros de Clan y uno de ellos, un arrugado y viejo atigrado siseó.

—¡Traidor!

Arce Sombrío mantuvo la vista fija en Estrella Oscura. «*Tiene que tenerme piedad. Perdí mi hogar y a mis hijos. No me queda nada más que Manzano del Anochecer*».

—¿Sabías acerca de estos cachorros? —preguntó la líder, sacudiendo la punta de la cola.

Manzano del Anochecer asintió y Junco Brillante dejó escapar un suave lloriqueo.

—Arce Sombrío me dijo que los criaría en el Clan del Trueno —maulló el gato—. Yo… yo sabía que había cometido un error, así que no le mencioné nada a ninguno de mis compañeros de Clan.

«*¿Un error?*». Arce Sombrío Sombrío casi hizo una mueca al ver el dolor en los ojos de Manzano del Anochecer. Casi, pero no lo logró. El hielo dentro de ella se estaba esparciendo más rápido que una helada en la estación sin hojas. «*Pronto no podré sentir nada más*», pensó.

—Nunca debí haber traicionado a mi Clan encontrándome con Arce Sombrío —continuó Manzano del Anochecer—. Me arrepentiré de ello el resto de mi vida, y solo puedo rogarte por tu perdón.

—¿Qué es lo que trajo a estos cachorros aquí esta noche? —cuestionó Estrella Oscura, bajando la mirada para ver las tres lamentables figuras.

—Los compañeros de Clan de Arce Sombrío descubrieron la verdad y se tuvo que ir. El río se desbordó y los cachorros eran demasiado jóvenes para nadarlo —titubeó.

Arce Sombrío lo miró. «*¡Estás haciendo que suene como si fuese mi culpa!*».

Estrella Oscura maulló:

—La pérdida de cualquier cachorro es una pérdida para todos. Pero rompiste el código guerrero, Manzano del Anochecer. ¿Cómo podré volver a confiar en ti?

Junco Brillante caminó hacia adelante hasta que estuvo de pie junto a Manzano del Anochecer, con su pelaje rozando el de él.

—No hay ningún gato en el Clan del Río más leal que Manzano del Anochecer —declaró—. Si yo estoy dispuesta a perdonar sus errores del pasado, entonces tú también deberías, Estrella Oscura.

Hubo murmullos que provenían de los gatos que estaban al borde del claro. Sonaban impresionados por la confianza de Junco Brillante.

Estrella Oscura esperó hasta que el claro quedó en silencio de nuevo, luego asintió.

—Esta no es una temporada buena para perder guerreros. Manzano del Anochecer, creo que en serio lamentas lo que hiciste y ya has recibido suficiente castigo con la muerte de tus cachorros. Dejaré que continúes en el Clan del Río, pero tienes que saber que yo y el resto de tus compañeros de Clan te estaremos vigilando. Tienes que ganarte nuestra confianza de nuevo.

Manzano del Anochecer agachó tanto la cabeza que su hocico casi tocó los juncos que estaban entre sus patas.

—Nunca olvidaré tu piedad, Estrella Oscura —murmuró—. Gracias. Te prometo que mi lealtad le pertenece solo al Clan del Río y a mis compañeros de Clan. —Miró de soslayo a Junco Brillante, y la gata parpadeó.

Estrella Oscura señaló con su cola,

—Caída de Lluvia, ayuda a Patas Manchadas y a Cola de Anguila a enterrar a estos cachorros. El error de su nacimiento no fue culpa de ellos. Ahora descansarán en paz en nuestro territorio.

Arce Sombrío luchó por encontrar su voz.

—¿Qué… qué hay de mí? —graznó—. ¿Puedo quedarme aquí con mis cachorros?

La líder del Clan del Río la observó fijamente.

—No, no puedes. Saldrás de nuestro territorio de inmediato y nunca pondrás una pata dentro de nuestra frontera de nuevo. Como con Manzano del Anochecer, pienso que la pérdida de tus hijos es castigo suficiente. De otra forma, créeme que mis guerreros te hubiesen despedazado por lo que hiciste.

—¡Pero está anocheciendo! —protestó Arce Sombrío—. ¿A dónde iré? ¡Ayúdame, Manzano del Anochecer!

El guerrero marrón claro sacudió la cabeza

—¿Por qué debería ayudarte? Es tu culpa que estos cachorros estén muertos. No quiero verte nunca más.

Junco Brillante presionó su costado contra el del gato.

—Lárgate, Arce Sombrío —siseó—. Ya causaste demasiados problemas esta noche.

Arce Sombrío miró hacia sus hijos muertos.

—No puedo dejarlos —susurró—. Lo son todo para mí.

—Y ahora están muertos —gruñó Manzano del Anochecer—. Agradece que te mostramos algo de piedad, Arce Sombrío. Vete, antes de que hagamos que te largues.

Arce Sombrío miró fijamente al gato cuya cara había ocupado su mente durante tantas lunas. Había creído que conocía cada remolino de su pelo, el ángulo de cada bigote, pero no lo conocía del todo. La frialdad crecía dentro de ella, hasta que sintió que explotaba fuera de sus ojos, y sintió una corriente de satisfacción al ver que Manzano del Anochecer retrocedía por la fuerza de su mirada.

—¡Me dijiste que me amabas! —siseó Arce Sombrío—. ¡Pasé por la agonía de tener a tus hijos! Y ahora me tratas peor que a una presa. Te arrepentirás de esto, Manzano del Anochecer. Esta es la última promesa que te haré.

Se dio la vuelta y salió del claro trastabillando, siguiendo ciegamente los caminos entre los juncos hasta que llegó a las marcas olorosas que le sugerían que estaba en el límite de la frontera del Clan del Río.

Apenas estaba consciente al momento de cruzar una dura piedra gris, luego una enorme figura se irguió desde las sombras, una guarida de Dos Patas de puntas puntiagudas. Encontró un hueco en la pared y se deslizó hacia un lugar musgoso y con olor a heno.

Arce Sombrío se desplomó en un montón de tallos polvorientos y cerró los ojos. El sueño la arrastró, y sus sueños estuvieron colmados con visiones de sus cachorros, deslizándose lejos de ella entre las corrientes de aguas oscuras, llorando por la ayuda que nunca llegó.

Capítulo 5

Arce Sombrío luchó para salir del sueño, tosió y sintió el calor de la fiebre. «*¿Dónde estoy?*». Haciendo un esfuerzo, salió del nido espinoso y miró a su alrededor. Un ratón recién cazado yacía a su lado, y la gata sintió como su estómago retumbaba. No recordaba la última vez que había comido. Se inclinó para comer un bocado cuando los recuerdos de dónde estaba y qué había sucedido inundaron sus pensamientos y, violentamente, vomitó. «*¡Mis cachorros! ¡Manzano del Anochecer!*».

—Hola… ¿estás bien?

Un ansioso maullido hizo que Arce Sombrío levantara la vista.

Un pequeño gato blanco y negro estaba parado al pie de la enorme pila de heno que llenaba la guarida. La luz del día se filtraba a través de grietas de las paredes de madera, haciendo notar pequeñas motas de polvo que flotaban en el aire.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú? —maulló Arce Sombrío con voz ronca.

El pequeño gato recogió la bola de musgo húmedo que yacía en sus patas y la llevó hasta ella.

—Necesitas beber —instó—. Mi nombre es Myler, este es mi granero. Te fuiste a dormir tan rápido anoche que no tuve tiempo de presentarme. ¿Cómo te sientes? —La miró a los ojos, pero Arce Sombrío apartó la mirada—. Todavía te ves cansada —observó Myler—. Cómete el ratón, luego te dejaré descansar un poco más.

—No pienso quedarme —siseó Arce Sombrío—. No quiero tu carne fresca.

—Pero hay mucha para compartir —insistió Myler—. Puedo atrapar más por mi cuenta luego, no hay problema.

Arce Sombrío avanzó tambaleándose, casi arrojando al gato al suelo.

—¡Déjame en paz! —gruñó—. No necesito tu ayuda.

Buscó el agujero de la pared por donde había entrado. Detrás de ella, Myler maullaba algo sobre dar cobijo a extraños y tener mucho espacio en el granero. Arce Sombrío no se molestó en escuchar. ¿De qué podía servirle una mascota?

«*¡Mi vida está arruinada! ¡Jamás hice algo malo y, sin embargo, lo he perdido todo!*». La imagen de ella y sus tres cachorros muertos flotaba en la periferia de su campo visual, como si fuera capaz de verlos si girara la cabeza lo suficientemente rápido.

—¡Mamá, ayúdanos! —gemían los pequeños.

—No puedo… —susurró Arce Sombrío—. Oh, mis preciosos cachorros, lo lamento tanto…

Temblando de hambre, Arce Sombrío se adentró en la espesa maleza que bordeaba el territorio del Clan del Río. Se mantuvo lejos de la frontera mientras se dirigía cuesta arriba, hacia el desfiladero. Ella sabía que allí se encontraba un puente de madera de los Dos Patas, justo debajo de las escarpadas paredes de roca donde podría cruzar hacia el territorio del Clan del Trueno. Sintió un temblor irresistible dentro de ella. Ahí estaba, de vuelta al lugar donde había pasado toda su vida. No hubo ningún consuelo en los delgados sauces del territorio del Clan del Río, y el amplio páramo que se extendía por encima del desfiladero la hizo estremecerse de miedo. Sin embargo, ansiaba poder encontrarse bajo árboles robustos y que la espesa maleza verde la mantuviera pegada al suelo, llenando sus sentidos de aromas y sonidos familiares.

Arce Sombrío alcanzó el puente y lo cruzó corriendo, con las orejas pegadas al cráneo y el lomo erizado. El fuerte estruendo del río cayendo por el acantilado llevó a su mente al momento en que soltó a Pequeño Manchado. «*¡La corriente era demasiado fuerte! ¡No fue mi culpa que murieran!*». , se recordó a sí misma. Saltó del puente hacia el suelo seco y arenoso que ascendía hasta los Cuatro Árboles. Si doblaba y seguía su camino río abajo, estaría en el territorio del Clan del Trueno. Tratando de ignorar el fuerte sonido del agua, caminó unos pasos hacia la frontera, sintiendo el aroma de las marcas olorosas impregnadas en el aire.

Se quedó helada. ¡No podía cruzar la frontera! Había sido expulsada... exiliada por sus propios compañeros de Clan. Si ponía una sola pata en su antiguo hogar, sería tratada como una invasora.

Los pensamientos de Arce Sombrío fueron interrumpidos por la imagen de un pequeño gato negro que la observaba con los ojos

entornados llenos de sospecha, escupiendo palabras que delataban gran indignación. «*¡Ala de Cuervo!*». Todo había sido su culpa. Él había sacado conclusiones precipitadas, él mermó la confianza del Clan en ella, él forzó a sus compañeros de Clan a juzgarla por algo que ella no podía controlar. Debido a sus acciones, Pequeño Manchado, Pequeño Alerce y Pequeña Pétalo habían muerto. ¡Cada bocanada de aire que inspiraba Ala de Cuervo era el aliento que le había negado a sus cachorros!

La ira creció dentro de Arce Sombrío hasta que los sonidos del bosque se desvanecieron y su visión se tornó borrosa. Trastabilló a lo largo de la frontera, sin importarle cuando las piedras raspaban sus garras o las zarzas le arrancaban su pelaje. El calor de su piel le quemaba, Arce Sombrío era apenas consciente de que estaba más sedienta de lo que jamás había estado, pero incluso cuando sus patas pisaron un charco, fue incapaz de reunir la energía suficiente para detenerse y beber. Siguió avanzando hasta que se le hizo imposible continuar, y se dejó caer ahí mismo, en una zanja estrecha junto a un acebo que olía a su hogar.

La gata cerró los ojos y escuchó los latidos de su corazón. Parecían hacerse cada vez más fuertes, hasta que el montón de hojas en el que se había tumbado comenzó a temblar. Con una fuerte sacudida abrió los ojos y vi un rojizo rostro mirándola con consternación.

—¡Arce Sombrío! —chilló Zarpa de Ortiga—. ¡Se supone que no debes estar aquí!

—Entonces finge que estoy muerta —Arce Sombrío gruñó—. Podría estarlo.

La mirada de Zarpa de Ortiga recorrió la zanja.

—¿Dónde están tus cachorros? —susurró—. ¿Están en el Clan del Río?

Arce Sombrío sintió cómo el entumecimiento la envolvía una vez más.

—Se han ahogado en el río.

—¡Oh no! —Zarpa de Ortiga abrió los ojos de par en par.

Arce Sombrío dejó que su hocico descansara sobre la fría tierra.

—Déjame sola.

Lanzando un maullido ahogado, Zarpa de Ortiga dio media vuelta y huyó. Arce Sombrío se preguntó si alguna vez saldría de aquella zanja. De pronto sintió pisadas que se aproximaban a ella. Arce Sombrío abrió uno de sus ojos. Pudo visualizar a Zarpa de Ortiga, que estaba empujando un montoncito de hierbas hacia ella.

—Estaba recolectando hierbas para Ala de Cuervo —maulló—. Pero creo que tú las necesitas más. No hueles bien, Arce Sombrío.

El aprendiz la miró seriamente, nuevamente alcanzando las hierbas medicinales.

—Por favor, cómelas… lamento lo que le sucedió a tus cachorros. Pelaje de Pecas vio lo que sucedió en el río, confié que lograrían llegar al otro lado.

Con un sobresalto, Arce Sombrío se levantó.

—¿Pelaje de Pecas vio lo que sucedió?

El aprendiz parecía asustado.

—Sí. Ella te siguió para asegurarse de que te fueras. Ella… ella dijo que te caíste de los pasaderos.

—¿Y se quedó mirando sin hacer nada? —maulló Arce Sombrío con voz ronca—. ¡Los cachorros estaban indefensos! ¡¿Cómo pudo atreverse a no hacer nada?!

Zarpa de Ortiga comenzó a retroceder.

—No lo sé. Ella debe haber pensado que estarían bien. Dijo que había gatos del Clan del Río en la orilla opuesta.

—¡No estaban bien! —Arce Sombrío gruñó, arqueando el lomo y hundiendo las garras en el montoncito de hierbas.

—¡Zarpa de Ortiga! ¿Dónde estás?

Un gato llamó desde el otro lado del arbusto. Zarpa de Ortiga dejó escapar un gemido y se alejó corriendo.

Arce Sombrío volvió a tumbarse en la zanja. Masticó las hierbas sin saborearlas, sintiendo gran satisfacción de que las había tomado de Ala de Cuervo. ¿Cómo podía continuar recolectando hierbas y tratando a sus compañeros como si nada hubiese pasado?

La gata ardió con la necesidad de verlo, de hacer que se arrepintiera de haber desparramado su secreto, que era de ella, y solamente de ella. Miró hacia arriba, la luna había aparecido en el cielo crepuscular. Al día siguiente sería media luna, noche en que los curanderos viajarían a la Roca Lunar.

Arce Sombrío podría tener prohibido ingresar al territorio del Clan del Trueno, pero ningún gato era capaz de echarla del camino que llevaba hacia la Boca Materna. Ala de Cuervo estaría solo, desprotegido de los guerreros que fueron lo suficientemente estúpidos como para escuchar sus acusaciones y habladurías.

Sintió cómo las hierbas iban haciendo efecto, devolviendo la fuerza que habían perdido sus patas. Con un gruñido, saltó de la zanja y comenzó

a trotar alejándose de la frontera, adentrándose en los matorrales de zarzas que rodeaban la hondonada de los Cuatro Árboles. No era seguro permanecer tan cerca del territorio del Clan del Trueno, no cuando las patrullas podrían estar alerta de su presencia. No podía saber si Zarpa de Ortiga se mantendría al margen o la buscaría, aunque probablemente no admitiría haberle entregado las hierbas.

Arce Sombrío descendió por la empinada pendiente hacia la hondonada, se detuvo brevemente para admirar los cuatro imponentes robles, luego continuó, ascendiendo por el otro lado para sumergirse en los árboles que bordeaban el territorio del Clan del Viento. Se detuvo, se le erizó el lomo al sentir olor a zorro, pero se relajó al darse cuenta que era rancio, además, eso escondería su propio aroma de posibles patrullas fronterizas del Clan rival. Sintió el zumbido de pisadas aterrorizadas sobre el suelo; asomándose por encima los helechos, avistó un conejo corriendo por el páramo directamente hacia su escondite, perseguido por una patrulla de gatos del Clan del Viento. Arce Sombrío apenas había tenido tiempo para pensar antes de que el conejo corriera directo a ella como una bola de pelos ruidosa. Alcanzó a morder su cuello, matándolo al instante. Los guerreros aún estaban corriendo hacia su posición, por lo que Arce Sombrío tomó al conejo entre sus dientes y saltó al árbol más cercano. Sus garras resbalaron por la suave corteza y la presa estuvo a punto de caérsele, pero finalmente consiguió restaurar su equilibrio clavando sus garras en una rama más baja. Debajo de ella, escuchó a los desconcertados gatos del Clan del Viento.

—¿A dónde se fue ese conejo? —preguntó uno de ellos.

Otro estaba dando vueltas al tronco, olfateando el suelo con mirada desconcertada.

—El camino termina aquí, pero eso es imposible. Los conejos no pueden trepar árboles.

—No sé cómo puedes distinguir ningún aroma en este lugar —refunfuñó un viejo gato con pelaje moteado marrón. Arce Sombrío supuso que ese debía ser Manto de Mosquito—. ¡Todo este lugar apesta a zorro!

Arce Sombrío contuvo la respiración, preparándose por si uno de los gatos miraba hacia arriba y la detectaba. Había algunas hojas cerca de su posición, por lo que no era posible trepar a otra rama más alta sin hacer ruido. Pero la patrulla olfateó un momento más y emprendió su regreso al páramo abierto, aún extrañados por la desaparición de su presa. «*¡Tontos!*». , pensó Arce Sombrío mientras comenzaba a devorar el conejo.

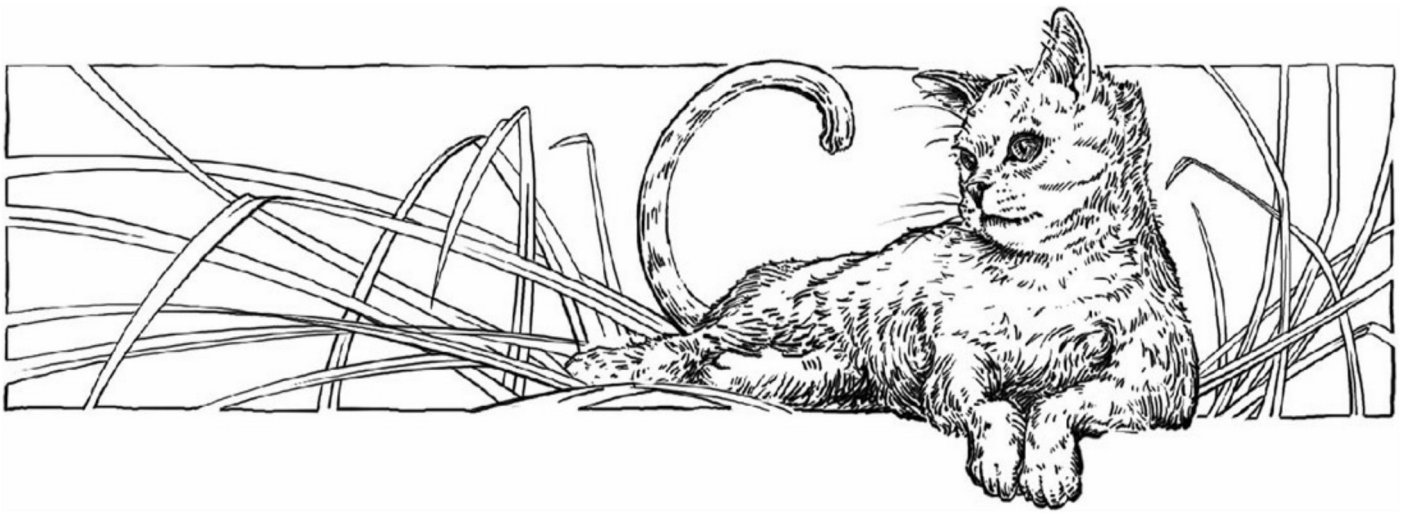
Pasó la noche bajo un grupo de helechos en una parte más profunda del pequeño bosque. Despertó temblando bajo una fina lámina de escarcha, extrañando la calidez de sus cachorros. «*Dondequiera que estén, espero estén calentitos*», pensó mientras tiritaba de frío. Todavía tenía el estómago lleno por el conejo que había robado, por lo que se dirigió directamente a campo abierto, suponiendo que era demasiado temprano para la patrulla del alba. Había viajado a la Roca Lunar una única vez en el pasado, apenas siendo una aprendiza. Arce Sombrío recordó el entusiasmo que había sentido al estar dentro del territorio del Clan del Viento con impunidad; recordó cómo deseaba ser vista por una patrulla y que la confrontaran. Pero esta vez salió de la roca directo a un arbusto de aulagas, maldiciendo la escasa cobertura que ofrecía el descampado páramo.

Finalmente llegó al pie de la pendiente y se agazapó al borde del Sendero Atronador. El hedor acre de los monstruos se le atascó en la garganta haciéndola lagrimear, pero para su alivio eran pocos los monstruos que transitaban esa mañana por allí. Esperó unos instantes hasta que el ruido de los monstruos se calmara para cruzar la fría y dura superficie negra. Ya del otro lado, se abrió camino a través de la larga y suave hierba y se internó en un arbusto. Recordó haber pasado por un granero de Dos Patas con vacas y una guarida oscura con olor a heno donde ella y los otros aprendices se habían detenido a cazar. Esta vez decidió mantenerse alerta, en caso de que tropezara con alguno de los otros curanderos que viajasen temprano a la Piedra Lunar.

Después de cruzar una amplia extensión de hierba y abrirse camino a través de varios arbustos, Arce Sombrío avistó el techo marrón oscuro de algunas viviendas de Dos Patas que parecían ser los graneros que ella recordaba. Viró hacia el lado opuesto de los establos y trotó a lo largo de una larga hilera de árboles hasta llegar a donde el camino comenzaba a ascender abruptamente. Inclinando su cabeza hacia atrás, observó las irregulares rocas que aparecían en la parte superior de la cresta. El sol las bañaba, dándoles un aspecto anaranjado y cálido, pero sus bordes puntiagudos aún parecían afilados colmillos contrastando el pálido cielo.

El estómago de Arce Sombrío retumbó, haciéndola darse cuenta de que, si no comía ahora, tendría hambre por el resto del día. Se agachó bajo los árboles olfateando sus alrededores y rápidamente sintió el aroma de un topo husmeando en un rayo de sol que se proyectaba en el suelo. No era de sus presas favoritas, pero era una oportunidad inmejorable. Aplastó el pequeño cuerpo de la criatura con una pata delantera y lo devoró de unos bocados. Luego de su comida, se sintió más fuerte y lúcida. Continuó su

ascenso por el costado de la pendiente, esparciendo guijarros sueltos a su paso. Cuando el débil sol comenzó a ponerse, las rocas irregulares parecieron arder en llamas, Arce Sombrío saltó sobre una gran roca que sobresalía y abrió sus fauces para lanzar un grito al valle que tenía debajo. «*¡Estoy lista para ti, Ala de Cuervo! ¡Vas a pagar por lo que has hecho!*».



CAPÍTULO 6

El sol se deslizaba lentamente por el cielo. El vientre de Arce Sombrío aún estaba lleno por el topo; además, estaba demasiado tensa para comer. Sus garras estaban desafiladas después de su largo día de caminata, así que las afiló en una piedra. Un halcón se balanceó en el aire y Arce Sombrío lo imaginó dándose un festín con el cuerpo de Ala de Cuervo luego de que ella terminara con él. Derramaría un río de sangre, cada gota vertida por sus indefensos cachorros…

Al final el cielo se oscureció y las sombras entre las rocas se hicieron más densas. Arce Sombrío sacudió su pelaje ante el frío y se agachó en la cima de una roca, observando cualquier signo de movimiento al pie de la colina. De repente, una sombra más oscura revoloteó por la hierba. ¡Ala de Cuervo había llegado! Solo y temprano, como de costumbre. Arce Sombrío desenvainó sus garras y dejó que se clavaran en la piedra. Se quedó muy quieta, apenas respirando, mientras Ala de Cuervo subía la pendiente hacia ella. Arce Sombrío tensó sus patas traseras, lista para saltar sobre el curandero, pero luego se detuvo. Si lo atacaba aquí, podría ser avistada por los otros curanderos. ¿Y dónde estaba la satisfacción en una simple emboscada? Debía seguir a Ala de Cuervo hasta la Piedra Lunar y enfrentarlo allí, en la fuente de sus preciosos presagios.

Arce Sombrío visualizó el largo y sofocante túnel de su visita como aprendiz. Su pelaje se estremeció ante la idea de volver a entrar en esa oscuridad, pero entonces los lamentos de sus cachorros resonaron en sus oídos y ella se deslizó silenciosamente de la roca sólo un latido antes de que Ala de Cuervo pasara. Arce Sombrío podía oírle respirar pesadamente

después de su escalada. Esperó hasta que se desvaneciera en las fauces abiertas de Boca Materna antes de escabullirse y trotar tras él.

El hoyo se la tragó de inmediato, gruesas sombras negras presionando a su alrededor hasta que no hubo ningún vislumbre de luz de luna cuando miró a la entrada. Arce Sombrío pasó sobre el suelo de piedra, tratando de mantener sus pasos tan ligeros como sea posible. Pero Ala de Cuervo debió haber oído algo, porque se detuvo, invisible en la oscuridad delante de ella, y gritó.

—¿Quién está ahí?

Arce Sombrío se congeló, convencida de que su corazón retumbaba lo suficientemente fuerte como para que el curandero lo oyera. Pero después de un momento, Ala de Cuervo siguió, sus pasos tan suaves que apenas eran susurros en el silencio. Una tenue luz gris apareció delante, iluminando las orejas del curandero. «*¡La Piedra Lunar!*». Arce Sombrío se dio cuenta de que se había agachado en la posición de caza y estaba acechando un paso adelante a la vez, su cola extendida detrás de ella. Llegó a la abertura de la cueva y casi jadeó al ver la Piedra Lunar brillando en la luz plateada. Ala de Cuervo se agachó delante de ella, con la cabeza inclinada.

Con un siseo, Arce Sombrío saltó hacia adelante, con las garras extendidas. Aterrizó sobre su lomo, haciéndolo rodar sobre la suave y fría piedra. Lo vio a los ojos, brillantes a la luz de la luna.

—¡Arce Sombrío! —Ala de Cuervo se atragantó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Arce Sombrío dejó que sus garras se hundieran en el pelaje alrededor de su garganta.

—Vengando la muerte de mis cachorros —gruñó—. ¡Si pudiera matarte tres veces, lo haría!

Sabía que no tenía nada que decirle al curandero. Nada le devolvería a sus cachorros. Él simplemente no merecía vivir si ellos estaban muertos. Mordió el cuello de Ala de Cuervo y el gato negro se quedó inerte debajo de ella.

Hubo un sonido de pasos que se acercaban por el túnel. Arce Sombrío dejó caer a Ala de Cuervo al suelo y se escabulló detrás del cristal.

—¡Por el Clan Estelar! —escuchó sisear a Ala de Alondra, el curandero del Clan del Viento—. ¡Ala de Cuervo! ¿Qué ha pasado?

Hubo un gruñido de su compañero. Asomándose por el borde de la Piedra Lunar, Arce Sombrío vio a Pelaje de Endrino, el curandero del Clan de la Sombra, olfatear el cuerpo inmóvil de Ala de Cuervo.

—Está muerto —anunció Pelaje de Endrino horrorizado. Miró a su alrededor y Arce Sombrío se agachó detrás del cristal.

—No podemos dejarlo aquí —maulló Ala de Alondra—. Vamos, ayúdenme a llevarlo de vuelta a la superficie.

Arce Sombrío escuchó el sonido que hicieron al arrastrar a Ala de Cuervo por el túnel. Esperó hasta que los rayos de la luna se deslizaron por el agujero del techo y la cueva se hundiera en la oscuridad. El corazón de Arce Sombrío latía con fuerza, pero se recordó a sí misma que no tenía nada que temer. La única amenaza en las sombras era ella. Se preguntaba si los curanderos continuarían con su reunión, pero no volvieron a la cueva. Arce Sombrío supuso que habían regresado a sus Clanes para dar la terrible noticia.

Cuando el pequeño parche de cielo sobre el agujero se volvió blanco con el amanecer, Arce Sombrío estiró sus frías y rígidas patas y salió por el túnel. Fuera de la Boca Materna había un montón de pequeñas piedras que no estaban allí antes. Un mechón de pelaje negro se asomaba por un hueco en el montón. Arce Sombrío olfateó y reconoció el olor de Ala de Cuervo. En lugar de llevarlo todo el camino de vuelta al bosque, sus compañeros curanderos habían decidido enterrarlo aquí, marcando su última madriguera con una minuciosa montaña de rocas. Arce Sombrío frunció el labio. ¿Qué conmemoración había para sus cachorros? Nada más que la fría y húmeda tierra en el territorio del Clan del Río. Golpeó el montón de piedras, tirándolas al suelo. Sus garras se engancharon en las rocas y sus almohadillas le dolieron, pero siguió golpeándolas hasta que el montón fue destruido y el cuerpo de Ala de Cuervo quedó expuesto al amanecer gris. Arce Sombrío miró hacia arriba y avistó un halcón dando vueltas por encima de ella. «*Aquí está tu próxima presa*», pensó con satisfacción.

El halcón se acercó y Arce Sombrío se alejó de las piedras desparramadas. Bajó por la ladera sin mirar atrás. ¡Había vengado a sus cachorros! «*¿Están observando, mis preciosos cachorros? ¡Lo maté por ustedes! Espero que nunca vean a Ala de Cuervo en el Clan Estelar. Debería estar en el Lugar sin Estrellas por toda la eternidad*».

Llegó a un matorral al borde de un trecho de hierba suave y espesa y se arrastró bajo las ramas. De repente estaba demasiado cansada para dar otro paso. Ignorando el estruendo en su vientre, cerró los ojos.

—¡Mamá!

—¡Ayúdame!

Dos rostros empapados aparecieron frente a Arce Sombrío, ojos enormes y suplicantes, bocas abiertas en pequeños lamentos. El sonido del río inundado rugió en los oídos de Arce Sombrío.

—¡Pequeño Manchado! ¡Pequeña Pétalo! —gritó. Agitó las patas delanteras, tratando de alcanzarlos mientras el agua los arrastraba, pero sus patas se estrellaron contra la dura y fría tierra.

Arce Sombrío abrió los ojos. Estaba tendida en el matorral bajo las Rocas Altas. ¿Por qué había soñado con sus cachorros? ¿Dónde estaba Pequeño Alerce?

—¡Mamá! ¡Sálvanos! —dos voces volvieron a resonar.

Arce Sombrío se sacudió y se incorporó. Ala de Cuervo había muerto, ¿significaba eso que solo un cachorro había sido vengado?

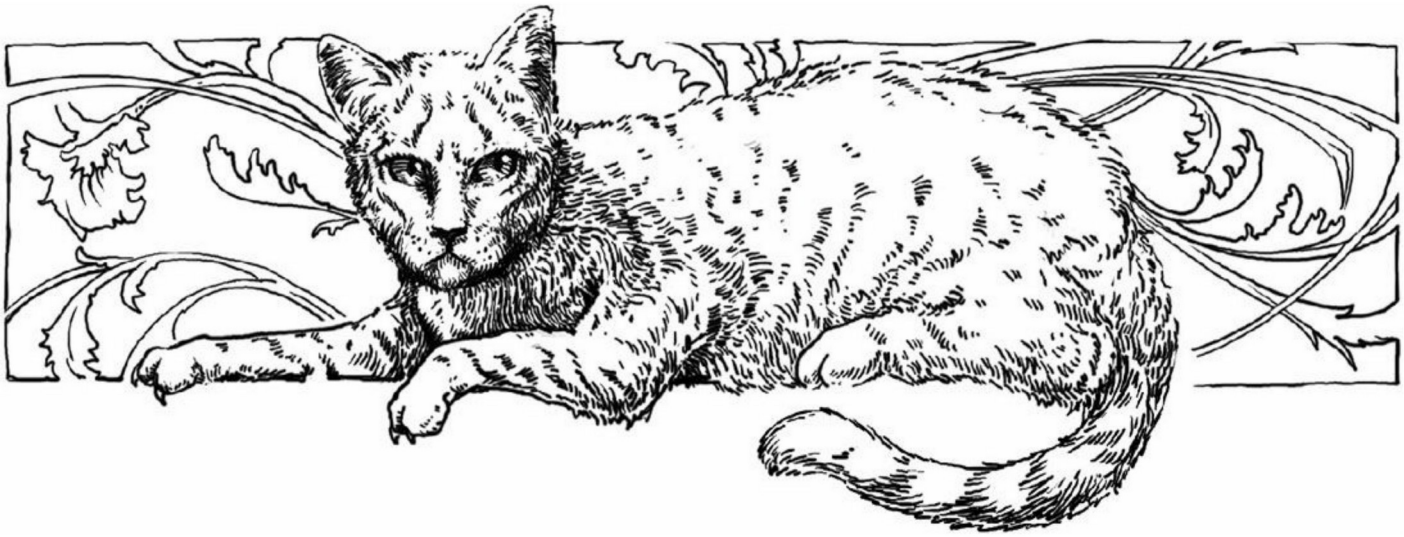
«*Clan Estelar, ¿por qué me haces esto? ¡Me enamoré, eso es todo! Y ahora estoy obligada a sufrir más de lo que ningún gato ha sufrido antes*».

Se le pasó por la mente una imagen de una gata dorada sentada entre helechos, mirando un río negro agitado mientras arrastraba tres pequeñas formas. ¡Pelaje de Pecas! Según Zarpa de Ortiga, ella había visto a los cachorros batallando, pero no había hecho nada para salvarlos. Puede que no fueran parientes de Pelaje de Pecas, pero el código guerrero dictaba que ningún cachorro debería ser dejado en peligro, sin importar el Clan.

Pelaje de Pecas necesitaba pagar por los cachorros perdidos, tal como lo había hecho Ala de Cuervo.

Arce Sombrío se levantó, temblando en sus agotadas patas. Esto sería más difícil de conseguir porque Pelaje de Pecas solo salía del Clan del Trueno para ir a las Asambleas, rodeada por sus compañeros de Clan. E incluso dentro de la frontera rara vez estaba sola. Arce Sombrío necesitaba encontrar una forma de atacarla dentro del territorio, el lugar más seguro para un guerrero. Reflexionando, empezó a caminar a lo largo del fondo del matorral. Un zarcillo de hiedra se agarró a su pata y casi la hizo tropezar. Siseando, Arce Sombrío se apartó de ella. La hiedra yació en el suelo, temblando como una serpiente verde brillante.

«*¡Las Rocas de las Serpientes!*». Arce Sombrío visualizó el nido de víboras que había sido cubierto con piedras. ¡Quizás sí hubiera algo mortal dentro de las fronteras del Clan del Trueno después de todo!



Capítulo 7

Arce Sombrío regresó al bosque, rodeando la frontera del Clan del Viento al abrigo de la oscuridad y se dirigió a la frontera del Clan del Trueno con el Poblado de los Dos Patas. Sabía que tendría que esperar a que Pelaje de Pecas pasara de patrulla; incluso entonces, Arce Sombrío necesitaría de la suerte del Clan Estelar para lograr que la gata se quedara sola. Se sumergió en la frondosa vegetación al pie de las cercas de los Dos Patas, luego subió y pasó por la barrera de madera, cayendo en el pequeño y altamente perfumado recinto del otro lado.

Casi de inmediato, un gordo gato gris y blanco se lanzó a través de una pequeña trampilla en el muro de la guarida de los Dos Patas y se dirigió hacia ella, maullando.

—¡Fuera de aquí! Eres uno de esos apestosos gatos del bosque, ¿no? ¡Mi dueño no te quiere en su patio trasero! ¡Shoo!

Arce Sombrío esperó hasta que el minino estuviera a un ratón de distancia, entonces levantó una pata y le arañó la cara. El minino saltó hacia atrás, chillando. La sangre goteaba de su hocico chato.

—¡Au! —gimió.

Arce Sombrío se mantuvo dónde estaba. El minino la miró con ojos perplejos antes de darse la vuelta y volver a la guarida. Cuando la solapa se cerró detrás de sus gordas caderas, la gata estudió el recinto. Un árbol crecía al lado de la valla con ramas suficientemente anchas para sostenerla, y hojas densas para ocultarla de la vista. Esperaría allí a Pelaje de Pecas. Subió al árbol y se instaló en una rama que daba al bosque. Había atrapado una ardilla en los Cuatro Árboles y bebido de un arroyo, por lo que su

vientre estaba cómodamente satisfecho. Apoyando su cabeza en sus patas, se dejó dormitar, con el oído aguzado ante cualquier sonido de abajo.

Al atardecer cuatro guerreros del Clan del Trueno pasaron sigilosamente por el pie de la valla, como si temieran que los mininos estuvieran a punto de atacar. Arce Sombrío frunció el labio en señal de desprecio. Había pensado que sus compañeros de Clan eran más valientes que eso. Sin embargo, Pelaje de Pecas no estaba entre ellos. Al caer la noche, Arce Sombrío descendió de su rama hacia la larga hierba, con la esperanza de cazar. El aroma del Clan del Trueno la rodeó y por un momento sintió una punzada de nostalgia; luego visualizó a sus compañeros de Clan echándola a ella y a sus cachorros, y pensó en Pelaje de Pecas, viendo cómo se ahogaban sus cachorros, y su furia volvió. Rápidamente atrapó un mirlo que luchaba con un gusano y lo llevó de vuelta al árbol. Detrás de ella, el gato gris y blanco fue echado de la madriguera por un Dos Patas que sonaba enojado. Arce Sombrío vio al minino agacharse en la hierba, sus ojos enormes de miedo, y luego volver a entrar corriendo. «*¡Ja! ¡Sabe que este territorio es mío ahora!*».

Arce Sombrío durmió profundamente, la corteza se le clavó en el pelaje de su vientre y le envió un húmedo frío a través de los huesos. Se despertó con el primer destello del amanecer, sintiendo retortijones de hambre. El mirlo era viejo y escuálido. Arce Sombrío escudriñó el bosque en busca de señales de movimiento. Todo estaba tranquilo bajo los árboles. Saltó y se metió entre los helechos, buscando presas. Un pequeño crujido la alertó de un ratón que se arrastraba al pie de un sicomoro. Arce Sombrío lo acechó, esperando que los destellos de su pelaje blanco no asustaran a su presa. El ratón intentaba mordisquear una semilla, por lo que Arce Sombrío pudo saltar sin ser vista, matando a la criatura de un solo zarpazo en su cuello.

Luego se paralizó. ¡Escuchó voces! Corazón Floreciente estaba entre ellas, ordenando a su patrulla que se separara y cazara antes de reunirse de nuevo en el olmedo golpeado por el rayo. No hubo tiempo de volver a la cerca de los Dos Patas, así que Arce Sombrío se agachó debajo de un grupo de helechos con su presa recién atrapada. Los pasos se acercaron, y entonces vio un pelaje marrón pálido a través de los tallos verdes. «*¡Pelaje de Pecas!*». El Clan Estelar la había llevado directamente a Arce Sombrío. Pero no podía atacarla aquí, no cuando los otros estaban tan cerca.

Arce Sombrío se alejó cuidadosamente del helecho, arrastrando el ratón. Su cuerpo aún estaba caliente, así que el olor que dejaba parecía fresco. Por supuesto, escuchó a Pelaje de Pecas olfateando el aire y

emitiendo un bajo gruñido que sugería que había captado el rastro. Arce Sombrío dejó que el ratón rozara el suelo un poco más antes de atreverse a recogerlo y avanzar con él colgando de sus mandíbulas. No podía arriesgarse a ser vista por Pelaje de Pecas antes de llegar a las Rocas de las Serpientes.

Arce Sombrío se abrió camino deliberadamente a través de la maleza más espesa para que el ratón dejara un generoso rastro de olor. Esperaba que su propio olor se perdiera entre los olores habituales del Clan de Trueno; no creía haber estado fuera del Clan lo suficiente como para oler poco familiar. Solo podía oír a Pelaje de Pecas acechándola; la gata era una de las mejores cazadoras del Clan y se movía tan ligeramente como el ala de una mariposa sobre el suelo cubierto de hojas.

De repente, piedras de color gris oscuro se asomaron sobre los tallos de helecho. Arce Sombrío se desvió, todavía llevando al ratón, que se sentía cada vez más pesado en sus mandíbulas. Rodeó la base de las rocas y emergió en el claro del otro lado. Apenas había rastros de olor a gato; claramente los guerreros estaban preocupados de que las víboras pudieran escapar de su prisión. Arce Sombrío esperaba que las serpientes siguieran allí, pero no tuvo tiempo de comprobarlo. Dejó al ratón en el suelo y corrió hacia el montón de piedras pequeñas que se habían apilado delante del nido de víboras. Apartó tantas como pudo, dejando un enorme agujero negro, y luego se escondió detrás de una roca.

Pelaje de Pecas emergió cautelosamente de los arbustos, sus mandíbulas se abrieron para olfatear el aire y su pelaje se erizó. Parecía desconcertada cuando vio el ratón muerto. Arce Sombrío salió de detrás de la roca y le gruñó.

—¡Dejaste morir a mis cachorros!

Pelaje de Pecas tropezó hacia atrás de sorpresa.

—¡Arce Sombrío! ¡No deberías estar aquí! —Arqueó su lomo—. Vete o llamaré al resto de la patrulla.

Arce Sombrío azotó su cola. Por el rabillo del ojo vio un pequeño parpadeo de movimiento en el montón de piedras. ¿Era una serpiente deslizándose hacia la luz? Arce Sombrío dio un paso más cerca de las rocas.

—¿Demasiado asustada para pelear conmigo, Pelaje de Pecas? —siseó la gata—. Prefieres ver cómo se ahogan unos cachorros indefensos, ¿no?

La gata dorada se puso tensa.

—Creí que tus cachorros se salvarían —dijo con voz ronca—. Nunca quise que murieran.

Arce Sombrío resopló.

—¡No te creo! Eres una cobarde con corazón de zorro. ¡Apuesto a que te alegras de que estén muertos!

Pelaje de Pecas se dirigió hacia Arce Sombrío, sus ojos brillaban con ira.

—¡Ojalá tú estuvieras muerta! —escupió—. ¡Traicionaste el nombre de mi hermano!

Arce Sombrío esquivó de lado justo cuando Pelaje de Pecas se abalanzó sobre ella. Con un aullido, la gata tropezó con el montón de piedras. Antes de que pudiera ponerse de pie, hubo un siseo y una brillante cabeza verde oscura se lanzó hacia delante, con la lengua moviéndose.

—¡Víbora! —gritó Pelaje de Pecas. Hubo un movimiento borroso, luego la gata dorada se tambaleó hacia atrás, chillando—. ¡Me mordió! ¡Ayuda!

—¿Cómo tú ayudaste a mis cachorros? —gruñó Arce Sombrío—. ¡Nunca! ¡Espero que mueras en agonía!

Pelaje de Pecas gritó de nuevo, un aullido de dolor sin palabras. Casi al mismo tiempo, pisadas se precipitaron hacia ellas a través de los árboles.

—Pelaje de Pecas, ¿eres tú? —llamó Corazón Floreciente.

Arce Sombrío se deslizó hacia un grupo de helechos en el lado más alejado del claro. Sabía que debía huir antes de que llegara la patrulla, pero quería ver morir a Pelaje de Pecas. Con un crujido de maleza, Corazón Floreciente y otros dos guerreros del Clan del Trueno, Manto de Semilla y Garra de Tordo, irrumpieron en el claro.

—¡Cuidado con las serpientes! —ordenó Corazón Floreciente. Sus compañeros de Clan se giraron y exploraron las rocas. Corazón Floreciente se inclinó sobre Pelaje de Pecas, que estaba acurrucada en el suelo con las patas sobre los ojos—. Está bien, Pelaje de Pecas, ya estamos aquí.

—¡Mis ojos! —gritó Pelaje de Pecas. —¡No puedo ver!

Corazón Floreciente levantó su cabeza.

—Oh, Clan Estelar, si alguna vez necesitábamos a Ala de Cuervo, ¡sería ahora! ¿Por qué nos lo quitaste? —Luego se sacudió y se dirigió a sus compañeros de Clan—. Manto de Semilla, necesitamos musgo empapado, tan rápido como puedas. Tenemos que lavar el veneno de sus ojos. Garra de Tordo, trae cada pedazo de hinojo que puedas encontrar en las reservas del curandero. Tenemos que tratar de salvar la vista de Pelaje de Pecas.

Los dos guerreros salieron rápidamente. Corazón Floreciente puso su pata en el flanco de Pelaje de Pecas.

—Quédate quieta —maulló—. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—¡Pero el Clan del Trueno no tiene curandero! —gimoteó Pelaje de Pecas—. ¿Voy a morir?

—No en mi guardia —juró Corazón Floreciente.

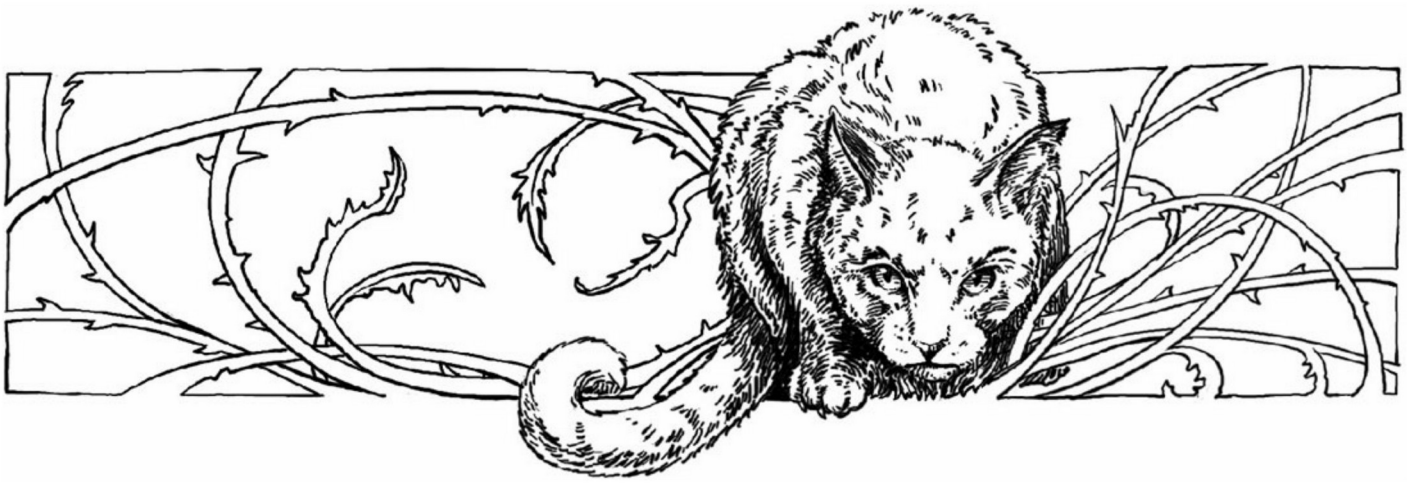
Arce Sombrío sintió que la bilis subía por su garganta mientras su antiguo mentor calmaba a la gata que había visto cómo se ahogaban sus cachorros. Los ojos de Pelaje de Pecas eran un desastre nublado y lloroso. Aunque sobreviviera, nunca volvería a ver nada. Arce Sombrío sabía que tenía que irse antes de que el resto del Clan del Trueno se apresurara a ayudar a Pelaje de Pecas. Se escabulló a través de la maleza hasta la parte más espesa del bosque, y luego corrió de vuelta a la cerca de los Dos Patas. Gritos de alarma se filtraron a través de los árboles mientras más guerreros llegaban a las Rocas de las Serpientes. Los sonidos se desvanecieron cuando Arce Sombrío se trepó a la cerca y bajó a la tierra oscura, jadeando.

Solo una voz resonaba en sus oídos ahora: Pequeño Manchado, su cachorro más pequeño e indefenso.

—¡Ayúdame, mamá!

Su hija, Pequeña Pétalo, había encontrado la paz con el ataque a Pelaje de Pecas. Como Pequeño Alerce, sus gritos desesperados habían sido acallados. Por un momento la respiración de Arce Sombrío fue sofocada bajo una ola de dolor por su hijo e hija que tal vez no volvería a ver. Entonces apretó la mandíbula mientras retrataba al último gato que debía sufrir por la muerte de sus cachorros.

—No falta mucho, Pequeño Manchado —prometió—. ¡Pronto serás libre!



Capítulo 8

Al caer el atardecer, trayendo consigo un viento frío y húmedo, Arce Sombrío saltó desde la valla al bosque y siguió la frontera a lo largo del margen del Poblado de los Dos Patas. Las gotas de lluvia la rodearon al llegar a los pinos, cuyos troncos delgados y agujas susurrantes le ofrecían poco refugio. Arce Sombrío caminaba suavemente sobre el suelo del bosque, permaneciendo bien alejada de la frontera del Clan del Trueno mientras rodeaba el Cortatroncos —ahora silencioso y oscuro— y se sumergió de nuevo en la densa maleza. Las zarzas arañaron su pelaje y bloquearon su camino, pero Arce Sombrío siguió avanzando, con las orejas erguidas ante los primeros sonidos del río.

Para entonces la lluvia estaba cayendo más fuerte, sacudiendo las hojas y tallos alrededor de las orejas de Arce Sombrío. Jadeó cuando repentinamente emergió de un grupo de hierbas tiesas para encontrarse en la cima de una orilla empinada con el río en movimiento, grueso, negro y mortal, justo una cola de distancia abajo. Se echó hacia atrás con un siseo. Por un momento creyó ver tres pequeñas formas retorciéndose y cayendo al agua, pero era solo un reflejo de la luz de las estrellas.

La gata miró los juncos que crecían en la orilla lejana. En algún lugar dentro se encontraba el campamento del Clan del Río, situado como un nido de pájaro sobre el suelo empapado. Si se esforzaba por escuchar más allá del sonido de la lluvia, casi podía oír los murmullos de los gatos mientras se instalaban para pasar la noche. Arce Sombrío imaginó a Manzano del Anochecer recostado en su guarida con Junco Brillante acurrucada a su lado, su pelaje naranja fusionándose con su suave pelaje marrón. El pelo se erizó en el cuello de Arce Sombrío y enseñó los dientes.

«*¡Manzano del Anochecer se arrepentirá del día en que me conoció! Todas esas veces que dijo que me amaba, todas las promesas que me hizo… ¡no eran más que mentiras! Nunca quiso a mis cachorros, así que dejó que se ahogaran. Pudo haberlos salvado, ¡sé que pudo haberlo hecho!*».

Detrás de ella, el cielo se aclaraba por encima de los árboles. El amanecer estaba un poco oscuro, pero Arce Sombrío se sentía más cómoda viajando en la oscuridad, así que, en lugar de ceder a las ganas de dormir, se dirigió río abajo a lo largo de la orilla. Había una fila de pequeñas piedras que se extendían a través del río— las había usado para cruzar y encontrarse con Manzano del Anochecer del otro lado una vez. No había forma de que Arce Sombrío cruzara el río a nado, pero lo podía vadear si tenía que hacerlo.

Llegó a las piedras, invisibles en la oscuridad, pero reconocibles por la forma en que el ruido del río cambiaba al fluir sobre ellas. Temblorosa, la gata saltó a la orilla y se metió en ella. El pelaje de su vientre se empapó instantáneamente y jadeó por el frío. Forzó sus piernas a través de la corriente, sintiendo el agua tirar de ella y salpicar sus flancos. El río era mucho más lento y bajo que cuando había intentado cruzarlo con sus cachorros, pero aun así odiaba cada paso, y siseó de alivio cuando llegó a la orilla más lejana. Se quedó allí un rato, jadeando, mientras el agua goteaba de su pelaje. Había dejado de llover, pero el cielo estaba lleno de nubes y el viento era cada vez más fuerte, con el aroma de más lluvia por venir.

Arce Sombrío se obligó a ponerse de pie y seguir adelante. Sumergiéndose en los juncos, rígidos y flexibles de manera que le daban golpes en la cara y le hacían tropezar con sus cansadas patas, se impulsó hacia adelante hasta que detectó las marcas de la frontera del Clan del Río, luego volvió sobre sus pasos para seguir la frontera del territorio fuera del rango de olor. Los densos juncos dieron paso a un bosque denso poblado de sauces bajos y esbeltos. Su vientre retumbaba, pero no se atrevía a cazar en caso de que alertara a los gatos del Clan del Río. Los sonidos se propagaban con demasiada facilidad en este lado del río.

Gradualmente el suelo se volvió más firme y seco bajo sus patas, y el aire se llenó de olores verdes y frondosos en lugar del olor a pescado. Arce Sombrío llegó a un denso grupo de árboles, más frondosos y robustos que los otros sauces. La frontera del territorio estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera verla desde las ramas y vigilar los gatos que pasaban. Con un suspiro recordó cuánto tiempo había pasado en un árbol

últimamente, Arce Sombrío se abrió camino hasta el tronco más cercano y subió rápidamente a una de las ramas inferiores. Desconociendo los hábitos de los guerreros del Clan, no había sido capaz de pensar en un plan para atrapar a Manzano del Anochecer solo. Tendría que aprender lo que pudiera observando.

La gata esponjó su pelaje contra el frío y esperó. Fue recompensada al poco tiempo por un grupo de pisadas que se aproximaban: una temprana patrulla de caza, parloteando y estrellándose entre la maleza como si quisieran alertar a todas las presas de su llegada. Arce Sombrío frunció el labio, recordando el sigilo del Clan del Trueno. La patrulla pasó justo debajo de su rama sin darse cuenta.

Antes de que sus ruidos se desvanecieran, más gatos se acercaron. La brisa llevaba un aroma que hizo que los orificios nasales de Arce Sombrío se encendieran. Un latido de corazón más tarde, el helecho se separó para revelar un gato marrón pálido, de hombros anchos bajo su grueso y brillante pelaje. «*¡Manzano del Anochecer!*». Una vez más, el Clan Estelar había llevado la presa de Arce Sombrío directo a sus garras.

Pero entonces los tallos se agitaron y un gordito aprendiz gris se le unió. Se agachó y saltó hacia adelante, con las piernas delanteras estiradas. Manzano del Anochecer sacudió la cabeza.

—Necesitas más altura que eso, Zarpa de Perca —le regañó—. Debes estar preparado para luchar contra guerreros adultos cuando estés en batalla.

Los ojos azules del joven gato se ensancharon.

—Me haré más alto, ¿no?

Manzano del Anochecer ronroneó.

—Por supuesto que sí, pero todavía tienes que aprender a saltar.

—¿Por qué no me abalanzo sobre ti para mostrarle cómo se hace? —preguntó una voz. Una gata anaranjada se deslizó en el claro. El pelaje de Arce Sombrío se erizó. «*¿No puede Junco Brillante dejar que Manzano del Anochecer haga algo por su cuenta?*».

El guerrero fue a encontrarse con su compañera de Clan y frotó su rostro contra el de ella.

—No te dejaré hacer nada —maulló—. ¡Piensa en nuestros cachorros!

Junco Brillante miró su vientre, apenas hinchado bajo su pelaje.

—¡No estoy enferma! —protestó.

—Sé que no lo estás —maulló Manzano del Anochecer—. ¡Pero nuestros cachorros son demasiado valiosos para arriesgarnos a que Zarpa de Perca te lastime por error!

Arce Sombrío sujetó la rama tan fuerte que dos de sus garras se rompieron. Apenas notó la descarga de dolor. ¿Cómo podía Junco Brillante estar esperando cachorros ya? ¿Cuántas mentiras había dicho Manzano del Anochecer? Juntó sus patas traseras debajo de ella, lista para saltar en el momento en que Junco Brillante y Zarpa de Perca dejaran a Manzano del Anochecer solo, pero los tres gatos se fueron juntos con el aprendiz discutiendo intensamente sobre tácticas de batalla.

Arce Sombrío se agazapó en el árbol y se llenó de rabia. Una figura fría y húmeda presionaba contra su flanco, gritando por ayuda. Arce Sombrío trató de enroscar su cola alrededor de su último cachorro, pero no había más que aire vacío a su lado. Era vagamente consciente de estar hambrienta, sedienta y exhausta después de su viaje durante la noche, pero nada importaba ahora excepto vengarse del gato que había destruido su mundo. Ella esperaría ahí tanto tiempo como tuviera que hacerlo —por el resto de su vida, si eso significaba que finalmente podía silenciar los lamentos de Pequeño Manchado.

Debió haberse dormido, ya que despertó con un sobresalto mucho después cuando el aire estaba lleno de lluvia neblinosa y los helechos estaban cubriéndose de sombras. Algo se aproximaba a través de la maleza. Arce Sombrío se tensó, preguntándose si el Clan Estelar le traería a Manzano del Anochecer dos veces en un día. Entonces un bulto de pelaje se estrelló en el claro y se detuvo al pie del árbol.

—¡Toma eso, excremento de ratón del Clan del Trueno! —chilló Zarpa de Perca, golpeando su zarpa contra una ramita. Cuando la ramita se rompió, se dio la vuelta, con las orejas aplanadas—. Avanzando hacia mí con cautela, ¿verdad? ¡Tienes un corazón de zorro como tus compañeros de Clan! —Se tambaleó hacia adelante y aplastó un gran grupo de musgo. Luego se enderezó y miró a su enemigo—. Oops. Pude haber llevado eso a la guarida de los veteranos. Buscaré más.

Trotó hacia el árbol de Arce Sombrío, buscando en las raíces. La gata saltó de la rama y cayó en picado sobre el lomo del aprendiz, tirándolo al suelo con un golpe. Antes de que Zarpa de Perca pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Arce Sombrío le agarró el pellejo con los dientes y lo arrastró hasta el árbol, al otro lado de la frontera. Sus ojos se hincharon con el esfuerzo; ¡el gordo aprendiz pesaba más que un tejón!

Zarpa de Perca aulló y luchó, pero Arce Sombrío hundió los dientes en su piel hasta que dejó de pelear.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —gruñó.

Arce Sombrío puso una pata firme sobre sus omóplatos y gruñó.

—Quédate quieto o te arrancaré la garganta.

El aprendiz parpadeó.

—¡Soy un guerrero del Clan del Río! ¡Déjame ir!

—No, no lo eres —siseó Arce Sombrío—. Eres un estúpido aprendiz. Está bien, no estoy interesada en matarte. Solo te quiero como carnada.

Cuando Zarpa de Perca trató de hablar, ella le obligó a hundir la cara en el suelo, silenciando sus protestas. Luego se agachó, apoyando la mayor parte de su cuerpo en él, y esperó.

—¡Zarpa de Perca! Zarpa de Perca, ¿dónde estás?

Arce Sombrío casi ronroneó. Un momento después, Manzano del Anochecer trotó en el claro, con los ojos preocupados.

—¿Por qué no puedes hacer lo que te dicen por una vez? —se quejó, mirando a su alrededor—. ¡Si descubro que has estado practicando movimientos de batalla en lugar de recolectar musgo, estarás en grandes problemas, Zarpa de Perca!

Arce Sombrío agarró el pelaje del cuello de Zarpa de Perca entre sus dientes y lo sacó de detrás del árbol. Dejó que el aprendiz cayera al suelo.

—¿Es esto lo que estabas buscando, Manzano del Anochecer?

El guerrero la miró con horror.

—¡Te habían ordenado que te marcharas de nuestro territorio!

Arce Sombrío movió la punta de su cola.

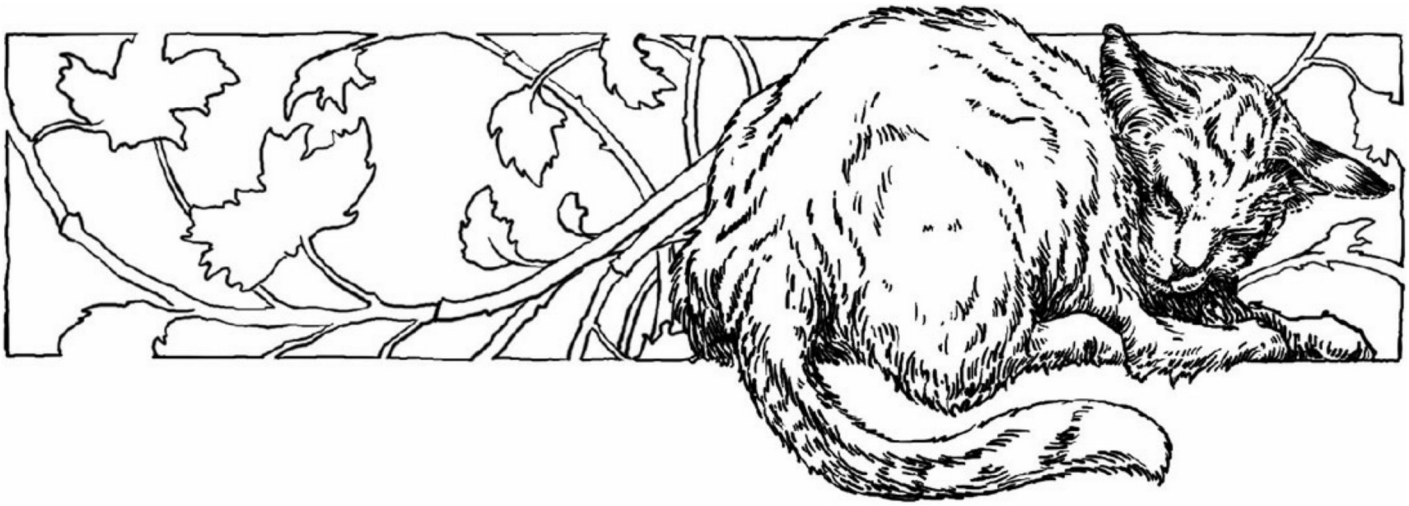
—¿Y pensaste que lo haría? Eres más cerebro de ratón de lo que pensaba. Mataste a nuestros cachorros, y ahora debes pagar.

Manzano del Anochecer enseñó los dientes.

—¿De qué estás hablando? Tú mataste a nuestros cachorros, haciéndolos cruzar el río. Deja ir a Zarpa de Perca y vete de aquí antes de que llame a una patrulla.

Arce Sombrío saltó sobre Zarpa de Perca y se enfrentó al guerrero pardo, con el pelaje erizado y las patas colocadas firmemente.

—Puedes recuperar ese inútil bulto de pelo —gruñó—. Pero tendrás que luchar conmigo primero.



CAPÍTULO 9

Manzano del Anochecer dio un paso atrás. Sus ojos se nublaron y de pronto pareció muy cansado.

—Arce Sombrío, no quiero pelear contigo —maulló.

—¡No te estoy dando opción! —siseó la gata. Balanceó sus patas traseras debajo de ella y saltó hacia él.

Manzano del Anochecer la esquivó.

—¡Solo vete! —jadeó.

Hubo un crujido de tallos detrás de él y Junco Brillante apareció detrás de él.

—¿Qué sucede aquí? —Su mirada se posó en Arce Sombrío—. ¿Qué está haciendo ella aquí?

Casi ciega de la furia, Arce Sombrío se abalanzó sobre la gata naranja.

—¡Tú y tus hijos deben morir! —chilló—. ¡Manzano del Anochecer es mío! —Desenvainó las garras, apuntando a la cara de Junco Brillante.

Hubo un golpeteo de patas, luego silencio, y una sólida figura marrón destelló frente a Arce Sombrío. Sus garras acertaron, destrozando pelo y carne y una salpicadura de sangre brotó hacia ella. Con un gruñido, Manzano del Anochecer cayó a sus pies, con la sangre brotando de su garganta.

En el mismo instante, un peso enorme golpeó a Arce Sombrío desde atrás. Zarpa de Perca la sostuvo con sus patas y mordió con fuerza el cuello de la gata. Arce Sombrío se tambaleó hacia adelante y casi cayó. Zarpa de Perca se deslizó de su espalda. La gata podía sentirlo temblando

junto a su costado; pero entonces se dio cuenta de que era ella quien estaba temblando. «*¿Por qué? No tengo miedo*».

—¡Está muerto! —Junco Brillante chilló, agachada al lado de Manzano del Anochecer. Miró directamente a Arce Sombrío, con los ojos horrorizados, con un anillo blanco alrededor de ellos—. ¡Lo mataste!

Arce Sombrío intentó dar un paso hacia adelante, pero sus piernas se sentían extrañamente pesadas y su visión se estaba tornando borrosa. «*¿Está lloviendo?*». , se preguntó. Algo caliente y húmedo salpicaba sus patas delanteras y tenía un dolor sordo detrás de las orejas. Sacudió la cabeza y rojizas gotas salpicaron el suelo como pequeñas hojas caídas.

Algo pequeño, carey y blanco se levantó al lado del cuerpo inmóvil de Manzano del Anochecer.

—¡Lo mataste, mamá! —vitoreó Pequeño Manchado. Su pequeña colita estaba erguida del triunfo—. ¡Ahora somos libres! —El cachorro comenzó a desvanecerse contra el pelaje marrón pálido de su padre.

Arce Sombrío se tambaleó hacia su hijo.

—¡Espera! —jadeó—. ¡No me dejes!

Junco Brillante se levantó desde detrás del cadáver de Manzano del Anochecer y siseó hacia Arce Sombrío.

—¡No te acerques! Lo que has hecho es más terrible de lo que cualquier gato de Clan ha hecho jamás. Pero no has ganado, Arce Sombrío. Manzano del Anochecer vivirá en sus hijos, y en los hijos de sus hijos, y de los que sigan después. Su espíritu no morirá. ¡Será parte del Clan del Río por siempre!

Arce Sombrío se balanceó, sintiendo la pegajosa tierra bajo sus zarpas.

—Entonces observaré a toda tu familia, y los castigaré a cada uno por lo que me hicieron —dijo con voz ronca—. Mi venganza no ha terminado aún. ¡Y jamás terminará!

Se lanzó hacia los arbustos detrás del sauce. Apenas escuchó a Zarpa de Perca, quien había empezado a perseguirla, pero Junco Brillante lo llamó.

—Ya hizo suficiente daño —Arce Sombrío escuchó su maullido—. Déjala que se arrastre lejos para que muera sola.

Arce Sombrío forzó su camino entre la maleza. No sentía dolor, solo un extraño aturdimiento que parecía extenderse por todo su cuerpo. Llegó al borde de los arbustos, y las paredes de la guarida de los Dos Patas donde había dormido en su primera noche de exilio se irguieron sobre ella, pero Arce Sombrío estaba demasiado débil como para ir más lejos. Se desplomó

en el suelo, sintiendo tierra y pequeñas piedras enterrándose en su pelaje empapado de sangre.

Cerró los ojos, esperando que los rostros de sus cachorros aparecieran para agradecerle por todo lo que había hecho. Pero no hubo nada, excepto una oscuridad aplastante, junto con un viento helado, sin siquiera ser roto por un mínimo brillo de estrellas.

Arce Sombrío sintió las primeras sensaciones de miedo.

—Clan Estelar, ¿dónde están? —le chilló a la interminable noche—. ¿Dónde están mis cachorros?

Una pequeña cara peluda apareció borrosamente frente a sus ojos.

—¿Pequeño Manchado? —jadeó Arce Sombrío. Lo intentó alcanzar con una pata.

—¡Eres tú! —exclamó el gato—. ¿Me recuerdas? Soy Myler. Ya nos habíamos conocido antes. —Arce Sombrío sintió la nariz del gato presionándole el costado—. Estás gravemente herida —maulló el pequeño gato—. Pobre cosita, ven, vamos adentro.

Con sorprendente fuerza, impulsó con su hombro a Arce Sombrío para que se parara y la guió hacia el nido de los Dos Patas.

Arce Sombrío colapsó en una pila de heno. «*Lo he perdido todo* —pensó—. *¿Qué me queda para seguir viviendo?*».

Hubo un repentino movimiento a su lado y el gato blanco y negro comenzó a frotar su pelaje con un pedazo de musgo húmedo. Arce Sombrío estaba demasiado agotada como para apartarlo. Medio abrió un ojo y vio sangre fluyendo libremente por su hombro, formando una charca debajo de ella.

—Hay demasiada, demasiada —dijo Myler, preocupado. Empezó a frotar más frenéticamente—. ¿Un gato de Clan te hizo esto?

Arce Sombrío cerró su ojo de nuevo y asintió.

El pequeño gato suspiró.

—Ah, no existe forma de parar la sed de sangre y el salvajismo de esos gatos —murmuró—. Debiste haberte ido cuando tuviste oportunidad.

«*¿Irme? ¿Cómo podría haberme ido? Juré vengarme de la muerte de mis hijos, y eso fue lo que hice. Y, aun así, mi venganza aún no acaba, porque Manzano del Anochecer vivirá a través de los cachorros de Junco Brillante. Nunca terminaré*».

Myler se ovilló a su lado, apenas encogiéndose cuando su pelaje hizo presión contra el sangriento cuerpo de la gata.

—Me quedaré contigo —prometió—. Ya estás a salvo.

Arce Sombrío desenvainó sus escarlatas, rotas uñas.

—Déjame sola —dijo con voz ronca, forzándose a levantar la cabeza y observar a su acompañante—. No necesito a nadie.

El gato blanco y negro se levantó y la vio con los ojos llenos de tristeza.

—Creo que estás equivocada —susurró. Pero se volvió y caminó hacia la oscuridad con olor a heno.

Por un momento, Arce Sombrío deseó llamarlo, pero el sueño la estaba arrastrando, más pesado que piedras, más fuerte que el río. Cerró los ojos y observó cómo su mente se llenaba de sombras, agujereadas por aullidos de terror que la hacían saltar.

Se dio cuenta de que podía sentir el suelo bajo sus zarpas, frío y empapado, tan maloliente como el río.

De algún modo, podía caminar de nuevo, la fuerza estaba regresando de nuevo a sus extremidades y su visión se estaba aclarando.

Emergió en un claro medio iluminado, rodeado de grises troncos. Aunque no sentía miedo, se dio cuenta de que estaba siendo observada por ojos invisibles.

—¿Estoy muerta? —maulló en voz alta, escuchando como su voz hacía eco entre los árboles—. ¿Esto es el Clan Estelar?

Miró hacia arriba, pero no había estrellas en el espeso cielo negro sobre ella, ni siquiera un destello plateado más allá de las hojas susurrantes. En su lugar, la luz de ahí parecía provenir de unos carnosos hongos que crecían en las raíces de los árboles, y de los pegajosos troncos mismos.

—Esto no es el Clan Estelar —le respondió una voz, desde alguna parte detrás de ella—. Este es el Bosque Oscuro. El Lugar sin Estrellas. Te damos la bienvenida, Arce Sombrío.

La gata se volvió en redondo.

—¿Quién eres? ¡Muéstrate!

—Jamás —siseó la voz—. Viniste aquí a caminar sola, en tus sangrientas memorias.

En lugar de horror, Arce Sombrío sintió una oleada de triunfo. Si estaba ahí por todo lo que había soportado, entonces ahí tendría que haber más gatos como ella, gatos que entenderían por todo lo que había pasado, quienes sabrían lo que era enfrentarse a sus enemigos y repartir dolor de forma inconmensurable.

Encontraría a esos gatos, no importa lo que la voz le hubiese dicho, los entrenaría para que fuesen tan fuertes y temerarios como ella, y los

usaría para causar más problemas a los Clanes, más de los que cualquier guerrero pudiera imaginar en sus peores pesadillas.

Arce Sombrío había encontrado un lugar donde pertenecía de verdad. A partir de entonces, causaría más sufrimiento de lo que había causado estando en vida, peleando sus batallas completamente sola. Por toda la eternidad, los parientes de Manzano del Anochecer lamentarían el día en el que el gato había destruido la vida de una guerrera del Clan del Trueno. Como le había prometido a Junco Brillante, sus deseos de venganza jamás descansarían.

Libro original: “Warriors: Shadows of the Clans: Mapleshade’s Vengeance” *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada: ***Ana Podedworna***.
Arte interno: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Woofzie***, ***Hawkstar*** *y* ***Gonzalo Firestar*** *del* ***Clan Nocturno;*** *y* ***Bianca Salvado***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/